

Centenario de Chiloe

1826-1926

TIPOS BOSQUEJOS y

LEYENDAS INSULARES

POR

DARIO CAVADA C.



LOS ANGELES

Imp. Gutenberg, Caupolican.—Los Angeles

—1926—

Centenario de Chiloe

1826-1926

TIPOS BOSQUEJOS y

LEYENDAS INSULARES

POR

DARIO CAVADA C.



LOS ANGELES

Imp. Gutemberg, Caupolicán.-- Los Angeles

—1926—



BIBLIOTECA
REGION CHILENA

TIPOS CHILOTES

Antes que las costumbres modernas baran con estos tipos especialísimos del Archipiélago, es necesario dejar estampadas sus simpáticas siluetas en estos bosquejos, que habran de servir de soláz a las generaciones venideras y de estudio a los amantes del recién cultivado folklorismo de nuestro homogéneo y viril pueblo, sobre todo en la región austral, en donde lucen aún sus encantos naturales flores propias de esta desconocida región.

La Caipullina.—Llámase así por antonomasia a la descendiente de antiguas familias indígenas, que viven en los alrededores de la capilla de Caipulli, a cinco o mas quilómetros de Ancud, siguiendo la ribera del rio Pudeto, cuyas lomas están cubiertas de los sabrosos frutos indígenas que forman el principal comercio

al menudeo de las gontes que las pueblan. Hay Güineos, Milapichunes, Antimañes, Güentelicanes y demas apellidos que constituyen la genealogía de estas familias. Todas son de baja estatura, bien conformadas y eximias andariñas, como que sus robustas pantorrillas que deja ver el corto zagalejo de carro, tejido burdo de lana, color negro, devoran sin esfuerzo alguno diez o más kilómetros diariamente, por un camino pedregoso y lleno de lodazales.

Las hay tan esforzadas que regresan en las tardes con medio quintal de harina sobre la cabeza y hasta con un tarro lleno de parafina, mientras las manos llevan los tarros de lata lecheros o los canastos vacíos de chupones, calafates, murtas, cauchahues o quilmahues pescados en el pródigo Pudeto.

¡Con esta carga en perfecto equilibrio, la caipullina camina derecha y agil dos o tres leguas, con el semblante risueño, en amena charla con sus aparceras, o dando recias chupadas al fullingue mal oliente, al que es muy aficionada.

¿Cómo vive esta infeliz caipullina, agobiada diariamente por una carga excesiva, mal alimentada y sujeta al continuo traqueteo de su comercio reducido? No lo sé, pero así y todo es robusta y alcanza una larga vida, aunque poco se le conoce la edad, ya que muy rara vez encanece a la edad reglamentaria.

Su comercio diario consiste: en invierno, en la venta de cinco o más litros de leche que le producen un par de vacas cornamentudas y raquíticas, alimentadas en esta época en los quilantares de las lomas sombrías y húmedas; en el verano la mercancía cambia de especie, no solo la dulce leche de los cantaros de barro tapados con ramas de luma o de muermo, acarrea la caipullina, sino que sus canastos hechos de boqui y quilineja, se llenan también de avellanas, chupones, calafates y demás frutos de la flora chilota.

La mayor parte de las veces estos productos se truecan por aguardiente, que ocupa el lugar de la leche en tarros y cantaros, antes de ser bebido por estos últimos restos de una raza que fué varonil y soberbia y que hoy el alcohol embrutece y degenera así como el pulgón laníjero deforma, seca y mata los manzanos camuesos que aun quedan en sus huertos descuidados, como muestras vivas de los estragos del tiempo y de la inercia.

I así bregando, bregando, en continua lucha con las necesidades de la vida, que adormece a medias con el producto de sus miserables ventas diarias, llega la caipullina hasta donde alcanzan sus fuerzas, si es que antes una pulmonía, un reumatismo, una tisis o un zabullón en el río Pudeto, desde sus peligrosos

bongos no la arranca de su miseria y de sus sufrimientos.

El Aguador— Llamado en Santiago mas cultamente talvez **Aguatero**, para no cambiar de sufijo, ya que tienen heladero, abastero, motero, tortillero, pequenero etc., es un tipo que ya desaparece, en el ocaso de su larga existencia gracias a la **hidráulica** o sea al arte de conducir el agua por tubos y no en baldes y barriles de forma netamente **aguadora**, como que fueron hechos, yo no sé donde ni cuando ni por que barrilero, ya que toneleros no he conocido jamás, ni menos tonelerías. Todos estos barriles hacen dos arrobas mas o menos y como van pasando de aguador a aguador, ya podrá suponer el lector el número de parches de suela que llevarán, semejantes a la capa del estudiante o a la indumentaria de Arlequin.

Estas zarandeadas joyas del gremio, reliquias de antiquísimas tonelerías, que guardaron talvez un generoso Málaga o un áspero Burdeos, son llevados a hombro limpio por el aguador, desde las vertientes naturales del legendario rio del Cármen (apenas modesta fuente) hasta las casas de los modestos burgueses ó empleados insulanos.

¿Quién es el aguador? Un pobre y sencillísimo **piuco** (labriego rustico) de caracter apacible y espíritu simplón y paciencia jobi-

na y hombros de acero, que no halló en su pi cara vida medio mejor para medrar y arrastrar la cadena que ir surtiendo de agua al vecindario, a cinco el barril, con el tardo paso del buey que ara. La nomenclatura de estos servidores públicos no es muy complicada, jamas he conocido alguno que no fuera Mañuco, Peiro o Juancho, y todos cortados por el mismo patron, física y moralmente; con una vestimenta análoga, invierno y verano, con sueste de marinero a mal traer, de pellejo de oveja embreado, restos fósiles de un chaquetón de goma, rodilleras de sacos trigueros y borceguíes naturales con plantillas blindadas contra vidrios y tachuelas, gracias al batido diario de la planta del pié contra cascajos y rocas vivas, libres ab-ovo de delicadezas de suelas y becerros y calcetines. Nada endurece mas los pies y el cuerpo que el sistema Kneip: pata limpia al suelo y harta agua a toda hora y en toda estacion; asi las cañas se hacen robles.

Pero, qué pellejerías pasa el aguador en el rigor de la estación invernal, en esta latitud en que no hay distinjos entre otoño e invierno, como si la madre Naturaleza hubiera querido prescindir en el Archipiélago de sus ceremoniales de estilo; de Marzo a Setiembre llora inconsolablemente el cielo sobre los techos, pampas y bosques, y tambien sobre la cabeza, ba-

rрил y espaldas del infortunado aguador, verdadero náufrago terrestre, perdido entre el agua del cielo y de la tierra, y a mayor abundamiento, conduciendo resignado sobre sus empapados hombros mas agua aun: el ansiado barril que hace la desesperación de la cocinera.

¡La cocinera! ¡Ah! si no fuera por esta Dulcinea del Toboso, mas amarga sería la vida de nuestro protagonista. Como la chungu o pipa, recipiente del agua potable, es uso que se caliente al amor de la lumbre de la cocina, el aguador tiene vara alta entre las ilustre fregonas, y este predicamento es su único solaz acaso, en medio de las vicisitudes de su vida perra. En su diario reparto se acomoda tan bien el aguador, que al llegar las 12 del día o las 6 de la tarde sabe ya donde le tocará almorzar o comer, a hurtadillas si, por si asoma la patrona, algun bocado de CHORIZO, una empanadita o un MILCAITO que sepa a gloria, pasadito de manteca y chicharrones; finezas que el aguador paga como coorveidile de sus favorecedoras, para llevarles recaditos al paco tal o cual.

¡Ah! el dia en que este HIDRAGOGO desaparezca de nuestro escenario, que será cuando llegue el agua a la cocina, al baño, al patio, silenciosamente sin sueste, chaqueta y rodilleras, sino metida en subterráneos tubos, que desbordarán obedientemente su rico

caudal por la broncínea llave, entonces languidecerán como odaliscas cautivas las cocineras y fregonas, sin la carta viva del aguador Juancho, Peiro o Mañuco.

El Pescador—Los hay de diversos tamaños y categorías: pescadores muchachos y pescadores hombres; pescadores de ribera y pescadores de alta mar. A los primeros pertenecen los llamados **GUÁPOS**, que son muchachos de doce o mas años, encargados, entre la tripulación del bote pescador, compuesta de patron y cuatro bogadores, de saltar a tierra, llevando la cuerda de un extremo de la red, mientras el otro extremo queda en el bote para cerrar entre ambos el cicuito y cortarle la retirada por todos lados al atolondrado cardumen, espantado con los sacudimientos de la cuerda y los golpes con que las varas azotan el agua. El guapo viene a ser como el chupe del gremio desde su infimo puesto ha de conquistar a fuerza de paciencia el cargo de bogador y de patron de bote; pero antes ha de romperse los pies en los gujarros de las riberas; ha de mojarse las piernas, en invierno y verano, con peligro de contraer un reuma cuando adulto y por fin, ha de ser el mandadero que compre las provisiones de boca y el imprescindible cordial antidoto del frio y del hambre, el nunca bien ponderado **CORRELATIVO, FUERTE, PURO** y demás epitetos del aguardiente.

El robalo y el pejerrei son los únicos peces con que logra hacer su negocio el pescador, ya porque estos abundan más, ya porque son los que más se acercan a las costas o ya porque sus rudimentarias redes e invariable sistema de pescar no permiten variar la cosecha; solo de vez en cuando suelen caer algunas corvinas, pequeños congrios o espinosos CHINOS, cuyo precio barato hace que la gente menesterosa los prefiera a los demás.

En mejores tiempos, un pejerrey valía apenas medio centavo y el mejor robalo cuarenta centavos; hoy los primeros cuestan cinco centavos y los últimos desde un peso hasta tres, según el tamaño.

El insulano es de todo un poco, según las necesidades; así es carpintero, pescador, marinerero, agricultor y ganadero. A ratos labra sus tierras, sale a la pesca, arregla su vivienda, apacienta sus ovejas, su yunta y sus inseparables caballos, tan sufridos; y cuando lo invade la murria del terruño improductivo, en los pesados y tristes días invernales, se engancha en algún buque mercante. Entonces es la mujer la que baja a la playa a recoger los peces que han quedado encerrados en los cercos de estacas de las riberas, o ayudada de una paleta de madera extrae las navajuelas de las playas, recoge caracoles entre las peñas o almacena luche y cochayuyo; mientras los muchachos ha-

cen la recolecta de cangrejos, jaivas, erizos o piures.

Hay tambien en el fondo de la bahía y en el lecho del rio Pudeto grandes depósitos naturales de cholgas, choros y ostras, verdaderos arsenales inacabables, de donde se extraen en la estación estival, cantidades fabulosas que se consumen frescas y el sobrante se ACURANTA y se ensarta en junquillos para su espendio en los despachos, para la época de la veda.

Los criaderos y bancos naturales de ostras en las tres o mas esquisitas especies que existen, sería una alimentación sana, abundante y esquisita, al mismo tiempo que una inagotable fuente de entradas para el Fisco, si los reglamentos se cumplieran y los dineros invertidos en el establecimiento de la Escuela de Ostricultura, hubieran sido debidamente aprovechados, con la experiencia que da la práctica y no con la teoría esclusiva de los libros, que en otras naciones más adelantadas se han derivado de la práctica de muchos años de observación, ya que la teoría no impone a la práctica sino está a aquella.

Sin el fecundo mar que acrecienta sus variados productos en las tranquilas aguas de los innumerables fiordos del Archipiélago, el labriego chilote ribereño no pasaría la vida holgada que pasa, con relación al campesino del valle central; ya que las siembras que hace anual-

mente son reducidas y apenas alcanzan para el consumo del año. La alimentación del chilote ribereño se puede decir que es esencialmente de peces y mariscos (moluscos y crustáceos); entre los primeros figuran en primera línea los pejerreyes, robalos, chinos, corvinas, lizas y sierras; entre los segundos, las navajuelas, cholgas, piures, tacas, locos, mañehues, machas, quilmahues, cangrejos, erizos, caracoles, jaivas y ostras; si a esto se agrega el luche y cochayuyo, se verá cuan variada es la modesta cocina del pueblo chilote, enriquecida además con los productos de la labranza de sus tierras, tales como la ubérrima y exquisita papa, en sus innumerables clases, base de su alimentación, ya asadas, hervidas o en MILCAO colado y esprimido; la harina tostada mezcla de trigo molido con una tercera parte de linaza.

Pero me aparto del asunto principal, descurriendo al orijinalísimo pescador chilote que en sus pesados botes y con sus rudimentarias redes arranca diariamente en invierno y verano, a vista y paciencia del irascible Neptuno y en sus propias barbas, todas las riquezas que este atesora en sus movibles y traidoras ondas, que poco a poco van minando la fuerte naturaleza de estos mineros con reumas, pulmonías, conjuntivitis o alcoholismo para escapar al abrazo mortal y frío de los vientos salobres del invierno, si antes un huracán imprevisto no los

arroja contra inhospitalaria playa, para despedazarlos contra crueles e impasibles rocas.

El leñador y el carbonero.—No hay labriego chilote que se dedique exclusivamente al corte de la leña, pues ninguno vive solo de este negocio, a que se dedican en sus ratos desocupados para ayudar a sus necesidades, que son ya la compra de una cabeza de vaca, de sal, ají o harina. Venden la leña cortada en rajas de un metro de largo, mas o menos, por cinco o diez centímetros de grueso, en sus carretas pequeñas, originales de la región, la cama de maderos atravesados, con estacas encajadas en los costados y que forman las barandas, las ruedas macizas, de un tronco de árbol cortado transversalmente a pura hacha, con llantas de fierro, única parte de metal, pues por lo demas hasta el eje es de madera de tepú o luma, que son las más duras.

El valor de una carretada de leña es de \$ 3.50 mas o menos y contiene unos 150 trozos o rajas. La más apreciada es la de muermo o ulmo, tepú y luma, pues la de canelo, avellano o laurel no da tantas calorías como las primeras.

Hay otros leñadores que vienen del interior de la Provincia y conducen su leña en pequeñas embarcaciones llamadas lanchas, de una sola vela y un foqui, que cargan imprudentemente hasta los bordes, lo que suele ocasionar

frecuentes naufragios en los tormentosos días invernales. Tal vez para la mejor estiva de la carga, esta leña tiene otras dimensiones, 40 centímetros de largo por 5 de grueso y es conducida a hombro por los vendedores a casa del comprador, en donde con teson infatigable demuestra el labriego la robustez de su dorso y resistencia de sus riñones, ya que debe contar tres, cuatro o cinco mil rajadas con el cuerpo doblado, en manos de cuatro rajadas; con voz alta va indicando el contador los números, hasta llegar a 25, cantidad que se marca apartando una rajada, pues cuadruplicado este número hace 100.

Es increíble lo que puede realizar un hacha, manejada diestra y tesoneramente por los robustos brazos del campesino insular, digno contendidor por otra parte, del barretero norteño de las minas del Norte. Bosques impenetrables de árboles seculares de tepú, luma, (maderas duras como hierro) laurel, muermo, mañiu etc. son echadas por tierra a los certeros y esforzados golpes de estos genios de la montaña, diabólicos gnomos que arrojan y trituran palizadas soberbias, orgullo de las selvas y desaffo de los siglos. ¿Que es en apariencia un pobre PIUCO O LLAULLE con sus ojotas de cuero sobre la media de hilado, con pantalon y chaqueta de carro, tejido de lana de sus propios telares, con el poncho al hombro y la modesta

hacha de mango o astil de luma reluciente por el uso y mas brillante aun la acerada y mordiente cuña con su curvo filo? Un tipo extraño para quien no lo conoce, gitano en lo fisico y medio Bertoldo en lo moral, delgaducho, moreno, mas bien bajo que alto, de mirar tímido y soñoliento, de lenguaje parco, dificultoso, lleno de giros, voces y tono regionales caracteristicos; su aspecto general no revela la dura fortaleza de su extraordinaria resistencia al calor y al frio, al hambre, a las fatigas de largos viajes a pié, de veinte o mas leguas diarias, al rudo trabajo del hacha, del GUALATO y del remo las maravillosas herramientas del maderero del agricultor y del marino y que tan habilmente maneja ese modesto PIQUITO que pasa desapercibido al lado de su inseparable yunta de pampinos, maquis, cordilleras y peucos, o sobre su caballejo firme y sufrido, sin granos ni herraduras que redondeen sus pobres y angulosas ancas o protejan sus uñas contra los guijarros y duras laderas de caminos infernales o dentro de sus pesadas y mal aparejadas embarcaciones, desafiando a diario horribles ventarrones, con velámenes llenos de remiendos, cordaje de quilineja y remos toscos, de dos piezas, pesados y tiesos, como troncos de árboles.

Mientras el leñador desgarrá con su potente hacha los troncos que dan la leña de su

comercio periódico, dejando para las necesidades diarias del fogon de su cocina, frente a su casa, varios RASTRAS, esto es, troncos en bruto que la mujer o los hijos iran desmenuzando poco a poco, a medida que sea necesario, otros campesinos se dedican a la confeccion del carbon, tarea bastante larga y pesada, sobre todo en invierno, cuando las lluvias son tan pertinaces, La venta de este producto no la efectúa comunmente el hombre sino la mujer, se ignora el motivo; pero así, jamás va un hombre, saco en la cabeza, pregonando su mercancía de casa en casa, como que son las mujeres las que despues de repetidos golpes a las puertas de las casas gritan invariablemente ¿Pran carbon?. El mejor es de muermo, porque es duro y arde muy bien y se conserva mas tiempo en los braseros de cancahua o de cobre entré la gente acomodada, siendo tambien de este metal la imprescindible paleta con que se atizan y arreglan las brasas, que si chisporrotean en esta operación, la gente supersticiosa cree en la entrada de dinero a la casa, como creen en mil patrañas que las generaciones presentes van heredando religiosamente de las pasadas, sin analizar las causas, con la fé ciega siempre en lo sobrenatural y creyendo que sus mayores estaban en lo cierto, porque sabían más que ellos; bendito respeto de ultratumba que sería criminal matar.

El inquilino.—Este personaje comunemente parco en el hablar y rudo en su trato por las condiciones especiales del escenario en que nace y se desarrolla, desempeña un papel importantísimo en la ganadería de la Isla. Obligado a vivir en una soledad matadora rodeada su modesta casucha por bosques espesísimos, no oyendo más que el mujir continuo del huracán en la espesura de la selva umbrosa y húmeda, o el murmullo del río o arroyuelo, su carácter se hace grave y taciturno, su mirar oblicuo y receloso. El mujido de las vacas, el balido del ganado lanar, el arrullo de las palomas turcaces, y el grito del chucao, el canto del pitío o la algarabía de los choroyes son las únicas melodías que interrumpen el pavoroso silencio de la montaña,

¿Qué cuida el inquilino insular? Un centenar de vacunos raquíticos, degenerados por la falta de cruzamientos, por la carestía de una buena alimentación, en la época invernal y por la crudeza misma del ambiente en esta época tan rigurosa; unas cincuenta cabezas de ganado lanar, que comienzan a ser mejoradas con la mezcla de ejemplares traídos de Punta Arenas, una docena de cabras y otra de puercos y tres o más caballos para uso de su familia fuera de la imprescindible yunta, forman comunmente la fauna del POTRERO chilote (fundo)

El abijeato, fruta rarísima de los campos

australes, comienza en estos últimos tiempos a desarrollarse lentamente, por las dificultades que la vida ofrece con la carestía de los artículos de primera necesidad, no por parte del hasta hoy semi-honrado inquilinaje, sino por individuos sin residencia fija, verdaderos merodeadores de los campos, que hoy cruzan las montañas del sur de la Isla y mañana se desparrraman por las llanuras de la Unión, Osorno y Llanquihue, de donde suelen acarrear algunos caballos osorninos, que tienen un buen precio en Chiloé.

Dura y miserable es la vida del inquilino sujeto a la enervante soledad de los campos y al sombrío y monótono escenario de un cielo inclemente y de un suelo constantemetne húmedo, con caminos intransitables por las lluvias, metido entre las cuatro paredes de su rústica habitación, abierta por todos sus costados a las inclemencias del tiempo.

El inquilino del valle central vive en mejores condiciones, su vista abarca horizontes estensos, en las grandes llanuras que forman este valle riquísimo que se despliega entre la cordillera de la costa y de los Andes; el clima es muy benigno y las lluvias escasísimas; los medios de locomoción mas fáciles, por los distintos ramales que converjen a la red central vive en mas frecuente contacto con sus vecinos y en un ambiente de mayor cultura tal vez:

pero así y todo, reina por allá un bandalaje desconocido para los campos del Archipiélago, en donde solo muy de tarde entarde suele ocurrir algun hecho sangriento, derivado mas bien del alcohol que de la perversión.

¿Cual es la faena diaria del inquilino? Al clarear el día se levanta y espera que la mujer le prepare el desayuno, que consiste en una taza de café con tortillas cocidas en el rescoldo del fogon. Concluida esta pequeña colacion, si es verano, con el machete imprescindible al cinto y el lazo en la mano, se dirige a recorrer el ganado vacuno, desparramado por la selva y pampas adyacentes, despues de sacar del campanario o caedizo las ovejas encerradas en la tarde; que son las que suministran el guano para la siembra de sus papas. Seguido de sus dos o mas perros flacuchos llamados vaqueros por el hábil oficio que desempeñan, se interna en el bosque y su ojo avezado descubre entre los matorrales sombríos los animales que necesita ver. Vuelve a su casucha a almorzar un caldo de agua con papas y ají, un tazon de harina tostada, papas del rescoldo y como poste un cigarrillo que fuma melancolicamente, dejando el pucho para que la mujer lo remate.

Luego pica leña, enyuga su mancuerna y vuelve al bosque por varas para el quincho que encierra su papal, o a observar la hornada de carbón que ha de llevar al pueblo en venta. I

así discurren los días de este voluntario desterrado de las poblaciones, amigo taciturno de la madre naturaleza, a la que mira como una madrastra solo, porque no comprende todos los misterios que ella encierra para su cerebro inculto; pero a la que sabe arrancar de su fecundo seno los productos que su genial gualato dibuja en forma de camellones.

El romancero Chauques.—Representante genuino del antiguo MESTER DE JUGLARÍA, este humilde ciego, acompañado de su inseparable y fiel amigo, el rabel, de fabricación isleña, desde el arco hasta la caja y cuerdas, recorre hace años ya, las calles de Ancud y poblaciones vecinas, dando muestras de su inculto talento de barítono y de eximio rabelista.

Representa unos 50 años, es gordo y bajo, la boca tiene la forma característica del indígena, grande, con labios gruesos, poblados con algunos pelos en el bigote y la barba. Se ignora su nombre de pila, pues solo es conocido por Chauques a secas, nombre de unas islas australes.

Con el baston en la diestra y el rabel al hombro, metido en un saco, discurre diariamente por calles, y plazas y come en el mercado, en donde emboba al labriego del interior de la Isla que viene a vender sus papas y mariscos, con la ejecución de su variado repertorio en tocatas y cantos, muchos de ellos ori-

ginales del suelo y la mayor parte tonadas chilenas arregladas a su modo, con la letra desfigurada y conservando a medias el motivo musical. El Lirio, La Paloma, La Marianina, Después del Baile, las Violetas, etc. etc., son las audiciones que proporciona a su abigarrado auditorio, que lo tiene por un Salomón, por un jocoso Quevedo o por un Caruso, según el género que toque, que se divide además en dos especies DIVINO Y HUMANO. Pericones, sajurianas, fandangos y cuecas son los temas bailables de los primeros de aquellos coloniales tiempos del inolvidable Quintanilla.

Salves, ave-marias, versos de navidad y otras forman el bouquet de melodias divinas con que el pozo insondable del gran Chauques arroba en delicioso éxtasis a sus entusiastas admiradores de reconocida fé romana. Este ejemplar, unico talvez en su especie, verdadero organillo ambulante, en la multiplicidad de sus papeles, aquí ríe socarronamente en medio de sus dichos picantes, truanescos, que enrojecerian a los mármoles de las tumbas; allá llora delicadamente las ternezas de un amor no correspondido, con todo el vocabulario amanerado y reglamentario que el amor suspira quedamente al oido de la amada; acullá eleva sus mudos ojos al cielo, deprecándolo con el ferviente anhelo de un alma creyente enamorada de las dulzuras de la dulcísima Sion

hoy hace piruetas en su ronco rabel, entre la algarabía y zapateo de una chingana de los arrabales; mañana sigue un cortejo fúnebre y como las plañideras del genial Ricardo Palma, se lamenta con voz de de profundis en las salves, rosarios y respuestas que endilga en un latin más bárbaro aun que el de los godos, al corromperlo.

Arsenal riquísimo de materiales para el folk-lorismo insular es este modesto cantor popular, de memoria prodigiosa, que recita romances, o corridos o décimas de variados asuntos, muchos de los cuales han sido remitidos a Santiago, por el que escribe y por el autor de "Chiloé y Chilotes", para ser clasificados por el entusiasta e inteligente señor Don Julio Vicuña Cifuentes, dado en cuerpo y alma a esta nueva clase de investigaciones filológicas que lo han de colocar, estoy seguro, entre los más esclarecidos exploradores de estas vastísimas y enmarañadas regiones del dominio del alma popular.

¡Qué encanto e interés tendría el pueblo helénico con los rapsodas i la Edad Media con sus juglares o trovadores en el elemento popular, que aún hoy que los libros están al alcance de todo el mundo y que los medios de comunicación son rápidos y seguros, un humilde cantor como Chauques reúne a su alrededor ese mismo pueblo ávido de oír siempre a estos modes

tos apóstoles de bellos decires rimados, sacerdotes profanos y válgame el epíteto, de la eterna religión del arte, que tan delicadamente cautiva, deleita y provoca concienzudos estudios de parte de los doctos.

De mí sé decir que me siento enternecido cada vez que escucho al alma popular y veo la unción con que ofician en plazas y calles, así como me conmueven también esos organillos chillones callejeros, que reproducen con los ronquidos de sus tubos acústicos desafinados, las sublimes concepciones de genios musicales, probando una vez más que lo sublime y lo ridículo se dan la mano.

El Morro y el Barco.—Estos dos pintorescos lugares que cierran por el oeste la playa de baños de Ancud, i por el noroeste se presenta al término del malecón que llevaba al destruido Fuerte de San Antonio, respectivamente, han desempeñado y desempeñan aún importante papel en las cimarras estudiantiles y esparcimientos de la bulliciosa pandilla.

El primero es un pequeño promontorio o pedazo de cerro desprendido desde tiempos muy remotos de su vecino cerro de Poquillihue, y a una distancia no mayor de veinte metros, por cuyo reducido espacio trafica la gente del villorrio de Lechagua y Quetalmahue, y que las altas mareas o tempestades invernales cubren enteramente de agua y de sargazos.

El Morro con su altura de veinte m^{os} y con sus flancos cubiertos de quiscales y malezas, era para nuestras ansias de aventuras y de dominación de mayor horizonte, el Himalaya, el Aconcagua o los Alpes: lo escalábamos a saltos de cabra, con caídas y levantadas ridículas, en que nos magullábamos o destrozábamos la ropa, para hacernos verdaderos alpinos, acostumbrándonos a dominar el vértigo de las alturas. Desde allí, sobre su cima, dominábamos la bahía y la ciudad a nuestros pies, y en las lejanías se esfumaban las islas de Cochinos, y de Sao Sebastian. Este Morro, que ya es nombre propio para los habitantes, ha ido perdiendo por el tiempo y por las lluvias y vientos huracanados, parte de su corpulencia, por derrumbes sucesivos, y llegará un tiempo en que no sea mas que un hacinamiento de peñascos y tierra.

¡Cuántas veces en las cavidades de su base, abiertas por el recio oleaje invernal, nos reuníamos en alegre camaradería los habituales cimarrones, para cocer en fogatas improvisadas los esquisitos cangrejos que cojíamos entre las rocas de la ribera!

¡Cuántas generaciones de muchachos ha visto y verá aún el Morro acercarse a su mole serena e impassible, para buscar nidos de gaviotas en su cima; para arrancar una mata de cardenalicio poe, o para extraer el jugo de los dul

ces chupones, calafates, mechayes y murtas.

Verdadera pirámide natural truncada, sigue desafiando como las de Egipto, al tiempo y a las tempestades, como una lección objetiva de la potencia de las convulsiones prehistoricas! El mar va minando sordamente y ciego como el destino implacable, sus cimientos rocosos, que se agrietan y desmenuzan, mientras las lluvias y los vientos van arrancando los arbustos y yerbas que cubren de verdor su corpulencia, mientras las aves marinas siguen haciendo su trabajo de Sisifo, avivando la vegetación, que desmayaría sin el constante abono de su estiércol.

El Morro es, pues la atracción, el chalet de los bañistas ancuditanos; al abrigo de sus rocas y de su amazon se acojen en verano los que quieren disfrutar de las tibiezas y halagos del mar azul, dulcemente retozon, con mimos y runruneos de animal felino, que descubre y estira las blancas e inofensivas garras, en la buflente y blanca espuma de las languidas olas de su orilla.

El Morro es tambien en el invierno, el apagado faro que marca en la penumbra de la borrascosa atmósfera, con su silueta de monstruo, de oso gris agitado, a la embarcación que arroja el iracundo Norte, el término de los dominios de Neptuno, junto con el peligro inminente de las rocas cantudas que rodean su base y forman allí el espumarajo que ensordece y tritura sin piedad.

El Morro es pródiga despensa en la primavera y verano; allí acude el hijo del pueblo en los apacibles días, a llenar de cangrejos y jaiwas sus sacos paperos, al pie de la rocosa escalinata de su base; allí; a la sombra de su mole descansa en las tardes estivales el ribereño fatigado de sus diarios labores agrícolas o pesqueras; allí van también las caravanas quetalmahuinas, a ampararse de los fuertes aguaceros invernales, metiéndose en las oquedades del coloso protector, El año 1826 contempló también el Morro las batallas campales de patriotas y realistas, y sus concavidades fueron turbadas por la artillería del Fuerte de Poquillihue.

Hoy, sereno en su noble majestad de coloso, mira y se solaza con la algarabía de los bañistas, que en Enero y Febrero van todos los años a chapucear cerca de su base, como bandada de aves migratorias y multicolores.

El Barco tiene otro estilo y otro horizonte, lo forman varios peñascos separados del cerro de Huaihuen, y que toman la forma del casco de una embarcación. Desde ellos se contempla la costa de Carelmapu y la entrada al Canal de Chacao, y en estenso panoramama, al norte, la punta de Agüi y la Corona, sobre cuya cima se destaca el Faro que abarca veinte millas con sus resplandores, y cerrando la bahía, los Farallones y la isla Sebastiana y más

allá la línea azuleja del libre y estenso mar Pacífico.

Las aguas que rodean el Barco no tienen la tranquilidad y el fondo de las que besan dulcemente el Morro. Varios expertos nadadores han encontrado en ellas una muerte trágica, por sus corrientes impetuosas y por la multitud de algas que cubren su superficie como tupidas redes. A inmediaciones del Barco se le vanta también el antiguo Fuerte de San Antonio, que conocimos con sus cañones montados todavía en las cureñas de madera carcomidas por el tiempo, con sus montículos piramidales de balas redondas y cónicas granadas; todo esto ha desaparecido casi en absoluto, y solo se ve ahora uno que otro cañon medio enterrado entre el césped, como cadáveres Insepultos, que traen a la memoria del visitante la culpable negligencia de los poderes públicos, y el irritante desprecio con que se miran estas santas reliquias de nuestra epopeya de emancipación.

El Barco tuvo también sus días de esplendor; cuando estaba en plena actividad la curtiduría Kowoll y el malecón, destruido ahora por la incuria y el tiempo. Era un paseo que llevaba al Salón de Ostras que abrió poco después un Sr Besoain, al pie del Fuerte San Antonio

Eran entonces los peñascos del Barco muy visitados por los ancuditanos; la Banda de Mú

sicos del pueblo reunía en sus contornos a la sociedad, en las apacibles y poéticas tardes estivales, tan llenas de colorido, de aire vivificante saturado de emanaciones salinas, y frente al hermoso y dilatado panorama de la bahía y del mar libre.

Los liceanos de entonces iban en alegres comparsas a solazarse con el hechizo de la majestad arrobadora del Barco, con la lectura de novelas pasionales de sabor romántico, que aun no asomaba el crudo naturalismo de la lectura pornográfica; María de Isaac y El Final de Norma eran las delicias de la juventud de entonces; con la peligrosa ascensión de los callejones estrechos cubiertos de quilantos y quiscales, que conducían a la cima del barranco pendiente y abrupto, que tiene también su historia trágica, pues desde allí cayeron al fondo del abismo, entre las rocas, Vargas y otros más.

Desde el Barco se divisa, de año en año, la vuelta de las embarcaciones, en la sonada fiesta de la Candelaria, y se presencian también los frecuentes naufragios de las lanchas que vienen en comercio del interior, y en donde tuvo un trágico fin un marino chilote de apellido extranjero, que conmovió hondamente a la sociedad ancuditana una mañana de Agosto.

El Morro y el Barco seguirán aún por muchos años respectivamente, como lugares de recreo y pretección y como una constante ame

naza de peligros para bañistas y embarcaciones. El Morro es el Chalet del balneario de la Arena, el bel ami que se atavía lujuriosamente en el verano para atisbar a las bañistas con su monóculo de ciclope.

El barco es el soñador romántico del pasado, el señor taciturno, reconcentrado en su soledad y quietud de ribereño adusto, que mira impasible el tráfico del Canal de Chacao, y entabla en las noches tempestuosas, airada charla con su vecina isla de Cochinos, que le envía la jauría rugiente de sus olas soberbias, para batir sus cimientosen lucha desesperada.

¡Por cuanto tiempo más, cuando vuestro cantor enmudezca para siempre, seguireis, Morro y Barco, ostentando vuestras moles de granito, como obeliscos caprichosos de la caprichosa Naturaleza!

El Fletero

¿Quién es este personaje, lector querido, tan modesto que oculta su verdadero nombre por otro que el Diccionario de la Real ni siquiera nombra? El FLETERO no es el FLETADOR de que habla la dignísima Academia, la cual, dicho sea de paso, no se mete en honduras filosóficas, sino en aquellas que huelen a etimología, único y añejo pan de que se sustenta tan docta corporación.

No faltará alguien que me diga: ¡EH! CUESTION DE NOMBRES. Pues no, señor, le diré yó. Puede que el fletero sea fletador; pero no el fletador fletero, que los individuos que componen el gremio de fleteros por su originalidad, idiosincrasia, diré mejor, forman un grupo especialísimo, una especie del género fletador. Y aun hay más restricciones: no hablo del fletero de Talcahuano, encerrado en una espaciosa bahía, relativamente mansa; ni de Valparaíso mas charlatán que esforzado marino, pues no necesita sino estirar y encoger con pereza un momento los brazos, para abordar a la más lejana embarcación.

Hablo del fletero chilote, de ese lobo marino nacido entre arrecifes y brumas, y arrullado constantemente por el clamor incesante de un mar turbulento y devorador. Hablo del fletero chilote, cuyo ánimo no conmueven las borrascas y cuya pericia no abaten los desordenados embates del mar, Único en su especie, en el estenso litoral chileno, es el semillero de nuestra aguerrida y experta marinería nacional, cuando no de su ilustre oficialidad.

Truenos y relámpagos, granizos y lluvias, escollos y brumas retempláronlo al nacer; la miseria lo arroja despiadada, y es quien más lucha resignado y varonil, por las comodidades de la vida, ilusiones ópticas que solo contempla en su afán por medrar, en esa lucha tenaz

que sostiene contra los elementos y contra su propia indigencia, ridiculizada superficialmente por quienes tuvieron la fortuna de nacer entre finísimas telas.

Dígase que el chilote es APÁTICO e IMPASIBLE; pero NO INDOLENTE ni INSENSIBLE. APÁTICO, por cuanto no se mueve lo bastante en su suelo nativo, para medrar por su solo esfuerzo, debido esto quizá al temperamento o clima de la tierra en que vegeta y a otras influencias físicas; IMPASIBLE, por cuanto no es inferior a otros en sentimiento, por cuanto es abnegado, fuerte, héroe de su propia miseria y tribulación. No es INDOLENTE porque no es la imbecilidad el sello que lo distingue, porque sabe sentir; encallecidas tiene las manos, pero nó el corazón, franco, piadoso sencillo; no es INSENSIBLE porque no es egoísta, antes bien es el tipo de la generosidad hospitalaria; es humanitario, probo y parco, y no sabe encogerse de hombros ante la desgracia ajena,

Ahora bien, hecha esta ligera aclaración de términos aplicados a la idiosincrasia del chilote, por PROFUNDOS SOCIÓLOGOS, de una manera errónea y más para hacer resaltar la propia cultura que por levantarlo del abatimiento en que yace, indicaré sumariamente que quien se mofa de las inclinaciones naturales y de los hábitos peculiares de determinados habitantes y trata de torcerlos, es un

soberano necio, un Quijote que mira la realidad de las cosas humanas al través del reducido círculo de sus ideas y gustos particulares: quitenle al habitante del norte sus minas y suelo tropical, y perderá su sello característico; quitenle al chilote sus impenetrables y ricos bosques, su mar brumoso y agitado, y ya lo veréis languidecer y dejar de ser lo que es, que al fin los pueblos son como los individuos: nacen para esto o aquello, según el clima o la topografía en que se desarrollan y según las riquezas naturales de su suelo. En la región del norte medran los individuos con las minas, son locuaces, ardientes e impresionables; en el centro, en la capital, con la empleomanía y política, son atildados, elegantes y se desviven por pertenecer al HUMILDÍSIMO gremio de la burocracia; y en el sur con los cueros, cerveza, maderas y mariscos. Pero quiero dejar tales divagaciones para entrar en materia.

¿Quién es el fletero chilote? Yo os lo diré en breve, lectores queridos; pero no vayáis a creer que sea un personaje fabuloso, novelesco, nada de eso, **ES REAL**, como los que pinta el insigne novelista Santanderino, y más aún, es **NATURAL**, como los de Zola, el sabio observador francés; el fletero chilote es un personaje de carne dura y huesos maduros, en grado tal que ni las tormentas y tormen-

tos de la miseria, con sus mil privaciones, logran descarnar y quebrantar.

Inició su ruda vida de marino, talvez a los doce años, desde que pudo manejar con desembarazo y soltura el tosco y pesado remo de sus constantes afanes; desde que aprendió a enarbolar y desarbolar, entre el vaivén de las olas, su fuerte y ligero vehículo, tumba a la postre de sus agitadas horas; y desde que aprendió, finalmente, a mentir su poquillo, a entretener sus ocios con amores y aguardiente, y a bregar y bregar sin mirar lo que resta de camino, y a oliscar como lobo marino los caprichos o veleidades del viento con sus mil variados efectos en la movible superficie del mar.

Verdadero anfibio que tanto vive en mar como en tierra, hecho a toda prueba contra las mareas y vértigos; de piel aceitosa, por la cual resbalan los aguaceros sin dejar huella alguna; de cabeza más firme que un peñasco y tan obstinado en la lucha como los recios vientos que lo baten a porfía.

Sus entretenimientos son correr más y más a todo trapo, con la frágil quilla al aire; sus ambiciones, sacar la tripa de mal año con una pacotilla de pasajeros bien acompañados de baúles y demás adminículos (y entiende por esto de sacar la tripa de mal año, tener lo suficiente para sustentarse en el plazo que media de un vapor a otro, ocho días). En sus ocios,

como LAZARONI napolitano, pasa el día tendido boca arriba sobre algún cajón de mercaderías, medio cerrados los ojos pensando, pobre tritón, en las ganancias que habrá de dejarle ese Posaidón de sus ensueños, arca de su codicia, que las compañías inglesas y sudamericana enviaban semanalmente para abastecernos y enriquecerse ellas.

Hay fleteros de fleteros entre los que componen este gremio; la mayor parte de ellos han navegado en buques y vapores mercantes que hacen la carrera para el norte; con estos viajes han adquirido un cierto barniz ilustrativo y social, según lo que por tales cosas entienden. Chapurrean el inglés, gastan pipa y camiseta rayada; al hablar dejan notar un tonito de norteño, manejan terminachos exóticos, tienen galanterías inusitadas y cuentan unos chascos que desternillan, cuando no paran los pelos de punta. Tales agudezas no pasan inadvertidas ante el gremio, el cual resuelve en CLAUSTRO pleno a todo SOL o LLUVIA, nombrarlos patrones de bote, suprema gerarquía a que puede llegar el fletero. Los que tan alto puesto han alcanzado tienen un gran partido entre aquellos jóvenes de su oficio que aún no han corrido mundo, pero nó entre los viejos patrones que los miran con ojeriza, pues ellos vieron e hicieron más en sus mocedades que esos fatuos que hoy cuentan haber amado

en Guayaquil, hecho el perro muerto en Iquique, dado una puñalada en Valparaiso y naufragado el la Quiriquina.

¡Bicocas! ¡Niñadas! A ellos, antiguos lobos de mar, con más agallas que un pez, macheteados en California, cuando la sed del oro se apagaba en esa dorada fuente tan revuelta como disputada.

A ellos, que tienen mas naufragios encima que jarcias una fragata, que han bebido más agua salada que dulce, durante su vida! I así se arman las disputas y vienen los altercados y riñas que los distraen en sus ocios y que suelen terminar cuando no en una contusión o quebradura, por lo menos con unas cuantas gargaras del correlativo o guachacay, el mas barato y eficaz confortante y tumbante a la postre.

Pero quien quiera ver al fletero en toda su pujanza y grandeza de ánimo, búsquelo cuando sopla el norte o la travesía, azote ambos de embarcaciones menores y mayores, y en tonces lo ha de encontrar ejerciendo su destreza y habilidad y sangre fría. El viento arrecia por segundos y pasa a desordenada borrasca; la lona se infla hasta reventar, como una arteria que no puede resistir tanta compresión; se abate el mástil en cada ráfaga; crugen los maderos como las costillas de ardorosos gladiadores; silban las cuerdas con lugubres tonos; las olas, en confuso tropel, invaden al pequeño

barco por un costado que corre a ratos por bajo el agua, y en medio de esta espantosa montaña rusa en que se sube a los cielos casi verticalmente, para descender a plomo sobre un abismo rjiuente, trabaja indiferente el aguerrido fletero.

Entonces hay que verlos. Mientras unos desalojan el agua embarcada, otros fuman con toda indolencia y los más ríen al recordar sus pasadas aventuras de marinos con toda la naturalidad de quien descansa en mullida butaca, en medio del clamor que levantan las olas, el viento y los graznidos de las aves que afilan sus picos para el festín. Solo el patrón permanece firme en su puesto, contraído y terco el robusto brazo que maneja la caña.

I así corren, impelidos, arrebatados por el agitado aliento de la borrasca, hasta que arriban a un puerto o una rafaga imprevista los aplasta y arroja sobre las negruscas y despiadadas rocas de la playa.

En este gremio de fleteros, como en otros que la humana especie forma, hay rivalidades entre los distintos círculos que representa tal o cual patrón, rivalidades que arrancan su origen de las cualidades que unas embarcaciones tienen sobre otras; así hay unas más veleras, u orzadoras o remeras que otras. I con este motivo vienen los desafíos y apuestas para las regatas imprescindibles del Dieciocho. Las em-

barcaciones son pintadas primorosamente y en jabonadas con toda escrupulosidad; los bogadores se ponen en chanca para resistir el esfuerzo de una larga y agitada boga. Durante este tiempo se cuida del bote como si fuera una dama, se le habla, se le acaricia, se le mira y remira de popa a proa y de babor a estribor, se le afila la proa, se le registran detenidamente las cuadernas, se aseguran los travesaños o bancos, se hacen cálculos y comparaciones, en una palabra, es el objeto palpitante sobre que versan los dimes y diretes del gremio, hasta la hora suprema en que, puestos en facha el bote, con su personal completo de robustos fleteros, avezados y ardorosos, con la cabeza amarrada, el tronco libre de ropas y nervudo y nervioso el recio brazo, esperan en solemne silencio la voz de ¡ZARPE!

¡Qué agitación, qué estruendo, qué halas! Crugen y se doblan los toscos remos, la proa avanza, corre, vuela por entre un mar de espumas; los remeros se doblan y yergen a compas, como un solo hombre; el lobo marino del patrón, nervioso y atento, adherido a su caña, manda, excita, se revuelve agitado en el estrecho asiento de la popa.

Y ya los botes son puntos nada más; se alargan un momento para la vuelta y tornan veloces, más que a la ida, se vé como se agigantan en cada palada, en cada esfuerzo de

esos troncos recios y brazos de acero. Y así vienen, hasta que una algazara general demuestra el fin de la lucha, el supremo esfuerzo de los remeros vencedores, quienes enarbolan sus remos entre el clamor del público y los acordes de la música.

Estos son los pocos entretenimientos del fletero chilote, sus días de francachela y jolgorio, a más de aquellos en que le cae la lotería del puente de algún vapor, con un buen CARGAMENTO DE GENEROSOS PASAJEROS.

Y digo pocos o escasos entretenimientos, porque todo el otoño y el invierno y aún gran parte de la primavera, pasa con el agua y el lodo hasta el cuello, bregando contra los vientos y las olas, contra la miseria que le traen vapores sin pasajeros ni carga, y por añadidura, escapando por milagro de borrascas y buscándolas siempre hasta caer, como gladiador romano, vencido pero no domado.

Este es el fletero chilote, el mejor marinero de nuestra gloriosa Escuadra, el más esforzado entre los ribereños paisano, el verdadero lobo marino a quien respeto y compadezco.

La Lechera

No es la de Samaniego; lector querido, que perdió huevos, pollos, lechon, vaca y ternero, en menos que canta un gallo; menos la

de Montfermeille, producto del fecundo cerebro de Paul de Kock; es la LECHERA CHILOTA la que hoy ocupa mi sempiterno espíritu de charlatanería, o mejor diré la lechera ancuditana o caipullina si quereis.

Voy a retratarla. Pertenece a la raza aborígen de Chiloé, ya se apellide Milapichún, Antimañ, Güineo o Huincha. Es de baja estatura, cuerpo rechoncho y tez cobriza; viste de CARRO un zagalejo que llega a media pierna, y que permite ver pantorrillas robustas, al natural, que muchas jóvenes anémicas, metidas en apretado corsé, desearían tener para mostrar... sus ligas solamente, no digo más, ni lo pretendo.

Sobre los hombros lleva un manfo de carro también, negrusco como el zagalejo, prendas todas tejidas por ella en sus rústicos aparatos ad hoc. Sobre la cabeza va el cantaro de barro, amasado, modelado y cocido por ella, o bien de latón, el cual puede contener hasta unos doce litros de leche, protegida del polvo del camino por ramas de arrayán o roble nuevos.

Para vender su leche tiene que andar a pié, costeando las riberas del Pudeto, unas dos o tres leguas de venida y otras tantas de regreso. De cuello inquebrantable, l'eva sobre la cabeza con un equilibrio pasmoso, un medio quintal de harina, producto de los litros vendidos en la ciudad, y conducido de la misma manera

sin tropiezos ni vacilaciones. ¡Admirables cervicales hechas a resistir pesos semejantes en un trecho nada despreciable! I esto, todos los días, para luchar con las necesidades de la vida, apremiantes por desgracia entre nuestros campesinos, mas que en parte alguna de la República, y cuyas causas se hachacan a la desidia peculiar del chilote!

La lechera vive a orillas del poco caudaloso rio Pudeto, motivo por el cual suele usar a veces, sobre todo en el verano, pequeñas embarcaciones para el acarreo a la ciudad de la leche de sus vacas. Dichas embarcaciones son canoas hechas del tronco de un árbol, de una sola pieza, ahuecadas convenientemente y ligeras en extremo; pero celosísimas para las olas de través, lo cual ocasiona periódicamente, durante los recios vientos del invierno, frecuentes naufragios. Son estrechas, no miden una vara de ancho por unas cuatro o cinco de largo, de modo que los tripulantes se ven colocados en ellas como en un ataúd, y obligados a evitar movimientos bruscos de través, para no volcarlas al menor descuido, sobre todo si los que las tripulan han libado largo el pernicioso correlativo, verdadero veneno que degenera las razas, debilitándolas física y moralmente, y al cual por desgracia son sumamente aficionados los hijos del pueblo, y en especial los descendientes directos

de los indígenas del suelo, por cuanto dicho licor, por su baratura y alcoholización, entusiasmo y embrutece al fin más pronto que cualquiera otro.

Con la llegada de la mezcla heterogénea de colonos y el establecimiento de ellos en los terrenos denominados de Huillinco y Caipulli, una gran parte de los campesinos chilotos pretende adquirir con el trato el conocimiento de idiomas extranjeros, y algunos hay entre éstos nuevos palíglotos, que ya creen hablar el inglés, pues dicen «la caballa, la campa, la terreno mucho bueno», y demás trocatinta de géneros que suelen cometer tales hijos de la nebulosa Albión, avaros como el que más en artículos.

Y ya que hablo del peculiar aprendizaje de idiomas que hacen los campesinos chilotos, vecinos a las mismas colonias cosmopolitas, notaré de paso que en Chiloé se ha perdidó la lengua primitiva de los aborígenes, y que solo quedan vestijios de ella en los apellidos y nombres geográficos, a diferencia de las provincias de Llanquihue, Valdivia y de las de la frontera, en donde se conserva en toda su pureza, de la misma manera que el traje y algunos usos particulares y extraños a la masa común del pueblo chileno.

De entre el número de mujeres indígenas, conocidas como tales y denominadas LECHERAS,

hay algunas eximias artistas en el tejido de la quilineja, flexible y delgada como un alambre, con la cual fabrican toda especie de cestos, pisos, cables y escobas, que son exportados al norte en grandes cantidades; es una industria que si fuera bien dirigida y reglamentada, sobre todo, para evitar el dispendio que se hace de tan útil vegetal, podría desarrollarse en gran escala y ser como otros muchos productos de Chiloé, ignorados y menospreciados por falta de conocimientos y de iniciativa, fuente segura de riqueza para aquellos que se dedicaran con tesón e inteligencia a tal industria.

Otra industria peculiar de la lechera es la fabricación de ollas, fuentes y platos de barro, amasados y cocidos de una manera rústica; pero no por esto menos útiles para ciertos usos culinarios, y sobre todo al alcance de la gente menesterosa por su baratura.

No solo leche vende la lechera: durante el verano se la ve cargada de frutos silvestres y sabrosísimos, indígenas se puede decir, de nuestro clima peculiarísimo, tales como el CALAFATE, la uva en miniatura de Chiloé, que produce un arbusto pertinente a los espinos, muy abundantes y crecidos en la isla de Lacao, sita cerca de la desembocadura del canal Chacao, los cuales se venden en medidas especiales que no cuestan mas de un centavo; y

así como ésta la muy sabrosa MURTA, con la cual se hacen tres clases de dulces, esto es, entera en almibar, jalea y dulce, propiamente tal; una de las mejores frutas silvestres, sumamente abundante en los terrenos de Caipulli a ambas riberas del Pudeto y a la que solo el CHUPÓN, por su gusto semejante a la piña, podría hacer competencia, si se prestara a las transformaciones que ésta experimenta en manos diestras. El o los chupones se venden en mazorcas o libras de ellas, en atados convenientemente arreglados.

A la planta que produce el chupón se la llama QUISCAL, con cuyas hojas flexibles y largas hasta de metro y medio, por unas tres o cuatro pulgadas de ancho, despojadas de las espinas de sus orillas, suelen hacer los muchachos cornetines para la Pascua de Navidad. I por no parecer minucioso no hablo del «cauchahue», del «mechai,» de los «ñumiñes» y «mitahues,» frutas todas de sabor agradable y nada nocivas a la salud.

Seria competencia sufre en la actualidad la lechera caipullina, con la intromisión de los COLONES; como ellas dicen, en una venta en que ellas han ejercido hasta ahora el más franco monopolio. Y si fueran los colonos sólo, esto no sería nada, porq' al fin de algo han de vivir estos desventurados, metidos en los bosques enmarañados, siquiera sea de la leche que les su-

ministra la única vaca con que cuentan, sino que son asalariados por personas llenas de comodidades, que no necesitan de tales negocios para prosperar, quitándoles de esta suerte a las infelices lecheras el pan de cada día, quienes no cuentan con otro medio honrado de subvenir, a sus primeras necesidades. De donde se desprende a las claras que el tipo originalísimo de la lechera caipullina tendrá que desaparecer a la postre, ante la invasión colonial de híbridos elementos. Así es que ella vendrá a ser pronto como la de Samaniego, que perdió leche, dinero, huevos, pollos, lechón, vaca y ternero; pero no por haberse enagenado de contento, sino porque debe sucumbir ante fuerzas mayores que le impiden ejercer el monopolio de la leche. Si tal cambio mejora la calidad de la leche y la abarata, me someto a él, si no, Dios tomará en la cuenta a los que así sacrifican a nuestra lechera, en pro de mezquinos intereses que quitan al menesteroso el pan de cada día.

La cueva del palo tique

(CONSEJA)

¿Quién que haya nacido en nuestro amado Ancud, la capital de la provincia de Chiloé, no conoce la cueva del palo tique, situada fren-

te al lugar de baños, a lo largo de la playa pedregosa que conduce al Morro, y bajo un antiguo y hermoso «arbol de tique, que parece un observador o centinela que vigila la playa, medio inclinado sobre el borde del barranco?

Por si hay alguien que al leer estas líneas ignore la tradición que sobre tal cueva existe escribo estas líneas puramente narrativas, que otro objeto no tiene el presente trabajo, sino estampar una vez siquiera; los rumores que sobre tan olvidado acontecimiento corrían, cuando muy pequeño yó, me extasiaba oyendo consejos al calor de la lumbre de mi hogar, medio deshecho ya por el tiempo y las desgracias.

En los tiempos a que se refiere lo que hoy pretendo contar, el barranco aludido estaba cubierto de malezas y quilas; el palo tique no existía aún, sino pequeños arbustos y quiscales y el mar lamía los piés del barranco en las altas mareas y tormentas invernales, lo que hace suponer que en épocas remotas, las obstinadas y destructoras lenguas de sus olas labraban y ahondarían poco a poco la mencionada cueva del pajo tique. Por lo demás, todo permanece como entonces, si bien es cierto que la vegetación enmarañada del barranco ha casi desaparecido, debido esto al tráfico y constantes quemas que ha sufrido, y que el mar, como se ve en otros puntos del globo, ha retrocedido insensiblemente, dejando una playa de

una media cuadra con marea alta y de una cuadra cuando baja.

Esta playa ha sido elegida en el verano por los aficionados a la natación, a la vigorización y aseo del cuerpo, desde antaño, por razones que no omitiré en tratándose del lugar en que acaeció lo que más adelante he de referir. El fondo del mar es arenoso y de poca pendiente, lo cual permite al bañista introducirse mar a dentro hasta donde le plazca, gradualmente, sin temor a cangrejas traidoras, a peñascos agudos o súbitas pendientes que podrían sumejirlo de improviso, y aun los peñascos colocados por la naturaleza como asientos en anfiteatro, y en contorno de la orilla, sirven para dejar la ropa y sentarse uno, extendiendo paños previamente, pues la aspereza de las rocas puede lastimar la piel mas encallecida.

Es el caso que en 18 llegó a las playas de Ancud una familia de nacionalidad extranjera, compuesta del padre, de la madre y de una joven que contaría unos 18 años al parecer, esbelta y rubia como una creación del poeta, con unos ojos azules como el cielo y una tez de nieve con arreboles de aurora.

Quienes decían entonces que tal familia era inglesa, quienes alemana, quienes noruega; unos sostenían que venían desterrados de su país por cuestiones políticas, otros, que solo el

espíritu mercantil la había conducido a nuestras playas. Pero en medio de todo, lo cierto es que permaneció en nuestro pueblo cerca de dos años y en el mas completo aislamiento, pues ni en misa se le vió jamás, lo que hizo su poner fuera disidente por lo menos.

En cierta ocasión en que la niña, eximia nadadora, se bañaba en compañía de su aya, una tarde de verano, desapareció a vista y paciencia de ella frente a la cueva del palo tique, sin que hasta hoy haya podido averiguarse que fué de tan hermosa como retraída joven. La tardía justicia de aquellos tiempos hizo sus correspondientes averiguaciones, con la alarma del entonces pacífico vecindario; pero todo fué en vano. Lo único que se pudo averiguar por boca del aya, fué que en medio de la sutil neblina y silencio que había esa tarde, se oyó un grito agudo, al mismo tiempo que una enorme roca se desprendió del barrancon para caer a la playa y convertirse en los fragmentos que hoy puede ver cualquiera, hacinados a lo largo de aquella hasta entonces arenosa playa.

Los padres de esta desgraciada joven se ausentaron tan pronto como el tiempo mitigó en parte su acerbo dolor, y las averiguaciones fueron infructuosas. Y así, todo enmudeció hasta que, meses después, desembarcaba en nuestro pueblo un joven de unos 30 años de

edad, pálido y sombrío, como los personajes del romanticismo, quien bañándose en el mismo lugar del anterior suceso, desapareció también de la misma manera misteriosa. En una peña de la playa encontró la justicia la ropa de esta nueva víctima; dentro de una cartera se encontró el fiel retrato de la joven poco ha ahogado, de donde todo el mundo supuso que sería el novio de esta infeliz joven, a cuya unión se oponían quizá los padres, desde que mantenían tanto aislamiento; pero poco después se supo, ignoro por qué conducto, que dicha familia era noruega y que huía de un compromiso otorgado por gratitud y roto por conveniencias sociales.

Poco después de esta nueva desgracia, brotó y creció como por obra de encantamiento, «el palo tique que existe hoy inclinado al borde del barranco y que parece examinar cuidadosamente la playa.» Es la cruz que marca dos tumbas, puesta ahí por el génio de la cueva, como recuerdo de ella y de él, desaparecidos tan súbita y misteriosamente.

Hay quienes creen que las almas de estos dos jóvenes, separados en vida, vagan unidas por los contornos, y que en las noches tempestuosas del invierno, cuando la nieve cae, el viento silba y los astros se ocultan tras el espeso y oscuro cortinaje de informes nublarrones, se oyen dentro de la cueva suspiros de

amor, tenues como el aleteo de un insecto; gritos de agonía que espeluznan al mas esforzado; sollozos comprimidos; apasionados cantos y plañideras quejas, y en medio de este concierto de humanas pasiones, gimen en mil tonos las ramas del tique, ruge insostenible el mar con sus innumerables y balbucientes lenguas destructoras, y se iluminan las profundidades tenebrosas de la cueva con resplandores siniestros, con luces fosforecentes, con fuegos fatuos que el «Dios me valga» del atemorizado transeunte disipa mágicamente. Es la noche en que los infelices amantes se desposan; la borrasca es la obstinación de los padres; los relámpagos, las antorchas de tan extraño himeneo, y el mugir del trueno y del mar, la loca alegría de los asistentes. Lo mismo el «Dios me valga» del campesino atemorizado, que los fulgores de la mañana, disipan todo el encanto de escena tan fantástica.

¡Cuidado, bellas jóvenes ancuditanas, con iros a bañar estando de novias; miraos en este espejo, es decir, recordad esta conseja! El mar es pérfido, voluble y traidor, puede sorprenderos y divulgar vuestros secretos íntimos, denunciar vuestras imperfecciones o bellas curvas que no escapan al genio malévolo de la cueva, siempre en asecho con sus lúbricos ojos.

Shakespeare dijo: la mujer es pérfida, voluble y amarga como la ola del mar. Yo no creo, os confesaré, en todo lo que los grandes hombres dicen, sino en todo lo grande que dicen los hombres. No son la perfidia, la volubilidad ni la amargura cualidades que adornan a una madre. ¿A una amante? Tal vez, pero así será ella, que así como hay Lolas, según Camprodón, hay también Julietas, Corinas, Eloíisas y demás mártires del amor.

Dispensad la tosquedad y desabrimiento de mi relato, querida lectora; pero hace tanto tiempo que tal cosa oí de boca de un testigo, no diré ocular, sino coetáneo de este suceso, «cuando al amor de la lumbre de mi hogar medio deshecho ya por el tiempo y las desgracias, me extasiaba oyendo consejas». He perdido los detalles y solo conservo la esencia de lo ocurrido a tan infelices como misteriosos amantes.

¡«Es tan bello soñar bajo un palo de tique medio inclinado al borde de un barranco, y que parece un atalaya que vigila la playa,» arrugado por el tiempo, destrozado por los vientos invernales y sombrío y solitario como personaje de otra edad, que solo vive de recuerdos!

El quiscal

¿Qué chilote no conoce este importatísimo ejemplar del frutero indígena insulano? ¿Quién, con palde en mano, no ha afrontado alguna vez siquiera las iras espinosas del siempre verde quiscalar?

Pero yo no hablo al chilote, ni aun al ancuditano, en cuya ciudad y en sus alrededores es tan conocido como la papa. Describo esta planta para los naturalistas de otras regiones si es que la desconocen y para los profanos.

Crece comunmente en los barrancos, en donde se desarrolla prodigiosamente, asido en desorden a las rocas, arrojado de los llanos productores por el laborioso y genial gualato, que tanto sirve en la agricultura isleña para un barrido como para un fregado.

La enorme mata, con sus cien hojas verdes, lustrosas y recias, defendidas en sus bordes por agudas y diminutas espinas, que se presentan a la voracidad del famélico caballero chilote o del cornamentado buey, como un obstáculo insuperable, desafía imperturbable los vientos huracanados y torrenciales lluvias de esta región inclemente.

A su alrededor contempla impasible el loco esparcimiento que la tormenta hace de las caducas hojas de la selva misteriosa, o el

tronchamiento de ramas y recios troncos de la soberbia palizada del bosque secular.

Agarrado el quiscal al pobre terreno que lo nutre, con tentáculos poderosos, así como la miseria y privaciones fortalecen al desvalido y lo aferran a la vida en lucha desesperada, va estendiendo sus dominios, en trabajo sordo de zapa, bajo la gallarda opulencia de arrayanes, lumas, muermos y demas ejemplares del arbolado chilote.

En vano, en la época estival, la despiadada y brutal QUEMA lame con sus lenguas voraces que los vientos avivan y dispersan, la recia cabellera del quiscal; mutilado, ennegrecido por el fuego, informe tronco que denota la devastación del fuego, vive y renace como el fénix, de entre las cenizas, la poda del fuego acrecentó su poder y lozano, sin rencor en el corazón, vuelve a dar a su mortal enemigo el sazonado fruto que oculta en su seno y prodigo acrecienta con su prodigiosa vitalidad.

Como el labriego insular, fuerte y agerriado en sus luchas incesantes contra los elementos desencadenados de un largo y cruel invierno, el quiscal se abate, pero resiste, no pide tierra fértil como aquel, para llevar una vida llena de privaciones, con poco se contenta allá en el fondo de una húmeda quebrada o en la cresta de una azotada cima.

Cuando llega la primavera «con su tren

de esmeraldas y de olores,» como dijo el poeta, para la lujuriosa vegetación del Archipiélago, el quiscal, como el labriego, no se engalana, las mismas hojas de la frondosa mata y el mismo poncho ocultan el sazonado fruto y el sano corazón.

Nuncio del nacimiento del Mesias, con alegres toques de clarín, que los pequeños zagales confeccionan con las hojas del quiscal, desprovistas de sus agudas espinas, y arrolladas en forma de cuerno, va despertando el silencio de los campos amodorrados, con una suavidad de sonos que semejan la flauta del dios Pan.

Y cuando viene la estación estival y maduran los calafates, el regalado postre de las selváticas torcazas y disputada mercancía de lecheras caipullinas; los cauchahues, los mechais, mitahues, chauras, ñumíñes, murfas, ave llanas y demas sabrosos frutos de la pródiga y silvestre flora de esta latitud, que corre parejas con los variados productos de los inagotables fiordos de sus orientales costas sinuosas y tranquilas, domina entonces poderoso en los campos y en las cestas de voqui y quilíneja de campesinas de Puranqui o de Caipulli, el nunca bien ponderado CHUPÓN o chipón, como dicen los incultos, porque es de suponer correcto el primero y no el segundo, por la succión que

se hace al chupón para extraerle el rico y aromático jugo, semejante al gusto de la piña.

De Febrero a Marzo se hace la explotación en grande del modesto y paciente quiscal. Los afilados paldes arrancan diestros, como gatillos de dentista, de los profundos alvéolos de las matas, las nutridas mazorcas que guardan los chupones, cocidos, si están maduros por su sabor y pepa negra, COLDUNES, si son poco dulces y de amarilla pepa,

¡Y qué atracones se dá entonces la estudiantil pandilla! Los mas voraces, uniendo al jugo las pepas, ván formando inconcientes un taco, llamado CHILLE, que las angustias mas atroces no disparan, que resiste a veces al recino victorioso, en su primera arremetida.

Y esta es la venganza innoble del paciente quiscal, que con el corazón destrozado y la cabellera hirsuta pisoteada por la gula o por la especulación, se goza en sus calladas reconditeces del martirio del muchacho clamoroso.

Cúbrense las pampas y las calles de la ciudad de mazorcas mustias desbalijadas, de un reguero interminable de chupones mordidos, que hacen la desesperación de los barrenderos municipales y de la única y paciente mula edilicia que da honrada sepultura a tanto resto glorioso de una contienda tan reñida y repetida anualmente.

Un Curanto

No entraré a definir lo que es un curanto, porque es del dominio público en el Archipiélago y en las provincias vecinas, solo quiero dejar establecido que él no es el pan nuestro de cada día del insulano, como han dicho algunos espíritus superficiales en son despectivo. El curanto fué talvez en épocas remotas la cocina diaria del indígena ribereño; pero en la actualidad se confecciona solo en los paseos campestres que verifican en la época estival los habitantes de las ciudades, o bien en días festivos los campesinos.

La etimología de esta palabra parece que viniera de las palabras cura-piedra y antu-calor, o sea piedras calientes, ya que sin estas, caldeadas convenientemente, sería imposible arreglar un curanto.

Bajo la sombra de un retorcido y musculoso arrayán, soberbio ejemplar de la familia de las mirtáceas, que donde quiera que luzca su tronco color sepia, con su eterno ramaje verde que salpican como copos de nieve sus blancas y aromáticas flores, ya sea en la empinada cuesta, al borde del barranco o a orillas del arroyo, allí desafía impávido los mas racios huracanes, con la energía vital de la raza indígena, a la que los años, las priva-

ciones, el trabajo y la rudeza del clima no abaten ni logran encanecer sus enmarañadas y recias cabelleras,

Allí estaba esperando la hoguera, alimentada con rajas de luma, convenientemente dispuestas como fósforos en su caja, la carga de piedras que debían enrojecerse, lo que parece difícil, para ayudar a la cocción de la mezcolanza de mariscos, papas habas, arvejas, pescado, baemes, queso y un perril tierno de cordero.

La bullente multitud suspende un momento la algazara, y rodea la pródiga hoguera ya cargada y ahogada con tepes, paja ratonera y sacos humedecidos.

Verificado el sepelio de los sabrosos comestibles, la bulliciosa concurrencia se desparrama, dividida en grupos que la simpatía, la edad y los gustos forman y llevan a solazarse ya en lo mas enmarañado del cercano bosquecillo; ya en la soleada loma que abarca panorámicamente los bellos alrededores, con el azul y gentil Pudeto a los pies; ya dentro de la modesta casa rústica, en cuya sala rodeada de estrados y de paredes bajas se ostentan la ahumada estampa de un San Antonio o el fuerte marino noruego con su bacalao a cuestras, se agitan algunas danzantes en animada cneca, al chillon resoplido de un melódico acordeon.

Una hora dura ya este grato esparcimiento y de improviso se oye el clarín de ataque, el «SANTIAGO Y A ELLOS» o el imponente chivateo araucano que se apresta al asalto, al terrible malon, enarbolando las sacramentales armas del cuchillo, tenedor y plato, famélica ya la concurrencia por deshacer y triturar entre el batir incesante de las quijadas los succulentos despojos del pródigo pozo, de la rica mina que conmina los jugos gástricos, en compañía de la esmeraldina y fresca chicha de manzana.

Y aquí vienen los cumplidos del alegre yantar:

—Señorita, cómase Ud. este chorito.

—Gracias, le convido la mitad.

—Mas me gustaría enterito.

—¡Guason! ya me lo figuro, pero conformese con la concha solo.

—Acepto, para tenerla encerradita a Ud. y comermela a solas (a besos).

—¡Qué ricas están las habas, tan tiernecitas!

—Pero nunca como mi corazón por Ud. Chal'ito.

—Los pololos como Ud., Carlos, tienen muchos corazones; pero no mucho corazón. Que lo diga la Rosita, que lo está mirando desde aquella mata de calafates, que así y to-

do no le enseña el arte de calafatear el corazón que se hace agua por usted, ingrato.

—Afición no es amor, Challito, sino pasatiempo. Con Ud. ya es otra cosa.

—La eterna canción del mar la oí desde la cuna, no me entusiasma; estoy acostumbrada a la perfidia de su dulzura.

—¿Se sirve vino o chicha, señora, de las dos cosas hay, diga con confianza.

—Alcánceme la salsa ¿quiere? qué ricas están estas chapedes!

—Chúpese esta arvejita, Dolores con esos ricos labios de miel.

—Miren el intruso, a que se lo digo a mi mamá.

—No Lolita, por Dios. yo se lo diré a su debido tiempo, cuando Ud. me dé permiso.

—Estoy comprometida, Enrique.

—Si, así dijo el doctor ayer, y de los dos pulmones; que lástima, tan bonita Ud.

Y así siguen los interminables diálogos, verdaderos discreteos calderonianos que no faltan jamás ante un curanto, en que abundan lindos palmitos y enamoradizos imberbes.

Ya la prodiga trinchera que cobijó tantas provisiones, es solo una humeante ruina, un miserable despojo en que se harta la servidumbre de la chacra y luego los flacos perros y cerdudos cuchis que completan la devastación.

El día declina, los lejanos lomajes se tiñen de pálido rosicler; a lo lejos entona el zorzal su triste melopea, y la vaca lechera viene a su pesebre mujiendo melancólicamente por el ausente ternerillo..

Envuelto en un océano de carmín, se despide el sol tras el cerro de la costa, y comienzan los concurrentes al curanto a alistarse para el regreso; la pesada carreta que arrastran un mari y un pampino, se llena con lo mas veterano de la concurrencia, con el estado mayor, mientras se organizan la infanteria y la caballería, la primera formada por niños y jóvenes de ambos sexos, que no tuvieron la suerte de lograr cabalgadura como el resto, entre los que figuran la Challito, la Dolores, la Mariita, la Lucha, niñas ya casaderas, que hacen sus primeras campañas amorosas, ensayando con Enrique, Carlos, Juan y otros que serán de porvenir.

Y; adios, curanto, loma asoleada, bosquecillo discreto, albergue rústico, que van quedando atras, sumidos en el silencio del atardecer y envueltos ya en la penumbra precursora de la noche. Aun se ve levantarse del campamento abandonado una debil columna de humo, que envía como una protesta muda el cráter del curanto que se estingue paulatinamente y que será mañana un hacinamiento informe de piedras negruscas y conchas blanquea-

das, que andando los siglos constituirán un problema geológico.

La Pesca

Hasta ahora el Gobierno no se preocupa de establecer en algunos puntos de la región austral, una bien montada Escuela de Pesquería, que vendría a incrementar enormemente la riqueza nacional, dando así ocupación a miles de obreros y proporcionando al pueblo una alimentación sana y nutritiva, factor indispensable para el fortalecimiento de nuestra raza y para su mayor crecimiento, por las propiedades prolíficas que tienen los productos de la pesca.

Si los legisladores se impusieran personalmente de la enorme cantidad de peces y mariscos que guardan nuestros poéticos fiordos, y más aun nuestros apáticos representantes parlamentarios, se asombrarían de la indiferencia de nuestra administración nacional, mas vituperable aun que si se abandonaran los ricos mantos salitrales de la Pampa del Tamarugal, cuya elaboración trae consigo considerables gastos de maquinarias que no aprovechan totalmente, de un modo perfecto, las riquísimas sales que encierran.

Los productos de la pesca y caza en el

Archipiélago austral pueden dividirse en cuatro grupos, a saber:

- 1.º Mamíferos y aves.
- 2.º Peces.
- 3.º Mariscos
- 4.º Plantas marinas.

Entre los mamíferos figura el lobo o foca, que va disminuyendo de una manera muy sensible en los mares australes, tanto que ya no se ven, como veinte años atrás, balandras cargadas de aceite y de cientos de pieles de estos animales, muchas de ellas de dos pelos, que son las mas apreciadas. Cargamentos hemos visto avaluados en diez mil pesos, obtenidos en épocas propicias y en el espacio de tres meses. Por mucho tiempo, ha sido el cuero de lobo el que se ha usado para el calzado de la gente del pueblo, es fuerte e impermeable, pero despide un olor a aceite poco agradable, en los dias calorosos del estío. Este aceite, clarificado convenientemente, es tan eficaz, al decir de la gente que lo ha usado, como la Emulsión de Scott, en los casos de raquitismo y de ciertas dispepsias tenaces; vigoriza el organismo, aumentando el calor natural, y engorda; pero el abuso, en época estival, trae erupciones cutáneas. Los loberos de oficio, toman el aceite de los POPITOS (lobatos) mezclado con harina de trigo y linaza tostada, lo que constituye un alimento muy fuerte; pero muy apa-

rente para el clima y para el trabajo de estos obreros.

Otro animal de piel muy estimada, y que tiende tambien a desaparecer en época no muy lejana, es el gato de mar o huillin y el llamado tambien chungungo. Extraído el pelo largo que carece de belleza, queda el corto, sumamente suave y crespo, semejante a una rica felpa; con esta piel se fabrican cuellos, manguitos y alfombras muy vistosas, formadas de pedazos que presentan distintos matices; de ella se hacen tambien cuellos para gabanes, bocamangas y chalecos que valen por el mejor de los paños ingleses.

El gato montes, de menor tamaño, tiene tambien una bonita piel, de color plumizo con manchas oscuras muy regulares; pero no es tan abundante.

La ballena es sin disputa, la pesca real, por excelencia, un solo ejemplar proporciona a su pescador algunos miles de pesos, en aceite y en barbas; pero su caza es accidental, porque no hay embarcaciones a propósito ni herramientas especiales para el caso. En Valdivia se estableció una compañía pescadora de ballenas, con ramificaciones hasta Carelmapu, y cremos que sus ganancias han sido efectivas y pingües.

Los canales del Archipiélago y las bahías son bodegas inagotables de toda clase de pe-

ces. Con la rudimentaria red de pescar que maneja el ribereño chilote, a tres o cuatro cuadras de la costa, tiene sobrado para la cocina de su casa y para la venta diaria.

El pejerrey descuella entre todos por su maravillosa abundancia, por lo fácil que es cojerlo con las redes en uso, a pocos metros de la orilla. Este pez, de sabrosa y delicada carne, es casi el principal alimento de las poblaciones insulares; no sabemos por qué motivo no se le sala y ahuma como el róbalo, la corvina y la sierra. Una familia de noruegos se dedicó a este comercio en Valdivia, y tuvo allí una magnífica aceptación, como que el aspecto y el sabor de estos pejerreyes tan bien ahumados, eran completamente irreprochables.

En segundo lugar viene el róbalo o robalo, como dice el pueblo, tan abundante casi como el pejerrey; pero relativamente a éste, mucho mas caro, pues por un peso podrian comprarse cincuenta o mas de los primeros y apenas uno de los segundos. El róbalo abunda tambien en el río Pudeto en cierta época del año, y alcanzan un gran tamaño los que allí pescan los naturales de los lugarejos de Caipulli y Cogomo. Este pez entra con frecuencia, y es otra manera de tomarlo, en los cercos de varas que construye el insulano, en forma de semicírculo, a orillas de las costas, en

las bahías. Las altas mareas cubren totalmente el cercado, y cuando estas bajan, poco a poco, quedan los róbalo encerrados y se cojen en seco, por cientos. El exceso se sala y se pone a ahumar, limpios y estirados con dos o mas travesaños de madera; luego se juntan unos con otros, con el sistema de embalaje llamado chinigües, el mismo que se usaba para las papas, cuando aun no llegaban sacos, y así se vende el róbalo, en chiguas.

Menos comun es aun la corvina, porque ésta anda mas distante de la costa y allí no van los botes pescadores; por otro lado, sería inútil la red que éstos usan, pues la corvina sigue la carnada o cebe del anzuelo en movimiento; sin embargo, de vez en cuando aparecen algunos ejemplares, mezclados con los róbalo.

Fuera de los ya nombrados, suelen presentarse con relativa abundancia los llamados CHINOS, del tamaño de un pejerrey; pero sumamente espinosos. En verano, las sierras, el pescado bonito y las sardinas y muy pocos congrios vienen a dar alguna variedad a la monótona pesca de pejerreyes y róbalo. Como el congrio es poco conocido, la gente del pueblo no lo aprecia y, lo llama PESCADO DEL DIABLO, por lo rojo.

Pasando ahora a otros productos de nuestros pródigos mares, comenzaremos por los

que suelen ser el alma del nunca bien ponderado curanto: los choros, las cholguas y los quilmahues. una trinidad, que se asemejan considerablemente en el gusto; pero que se diferencian en su aspecto y tamaño. Así, el choro alcanza el mayor tamaño, el de color negro es el macho y el amarillo, que se aprecia más, es la hembra; los de Peuque, en Castro, y los de Melinka son sumamente grandes, mas que los famosos de Corral y de la Quiriquina.

La cholga es mas pequeña y mas blanquizca, y su sabor fatiga mas pronto que el del choro; pero en cambio se presta muy bien para ser ahumada, y así, ensartada en junquillos, constituye un negocio muy estendido y lucrativo; se conserva por mucho tiempo, colgada, al aire, y hace el plato mas usual de la cocina chilota, con repollo y zanahorias: LA CAZUELA DE MARISCO, y con papas molidas EL CHARQUICAN DE CHOLGAS.

El QUILMAHUE no es otra cosa que un chorrito pequeño, cuando gordo muy sabroso y sumamente abundante: hay playas en que aparecen como mantos interminables, en que no hay otro trabajo que agacharse para cojerlos por cientos o miles.

Hace poco, una compañía de buzos se estableció en Pudeto para explotar los yacimientos que hay en el lecho del río, de choros cholgas y quilmahues, y se estrajeron cen-

tenares y miles de fanegas que el empresario remitía semanalmente al Norte, vía P. Montt.

Mayor importancia que las especies nombradas tiene la recolección de la ostra, en sus tres variedades conocidas, blanca grande, mediana de ribetes negros y de ribetes verdosos, mas chica.

Hace cuarenta o mas años, se estableció en el lugarejo llamado Lechagua, que pertenece a la familia Cavada, el industrial frances D. Agustin Choloux, quien se dedicó casi exclusivamente a la conservacion y espendio de la ostra para los puertos del norte, especialmente Valparaiso. Frente a su casa habitación tenía viveros a propósito y dos balandras que ocupaba en el acarreo de la ostra a los vapores de la carrera; se puede decir que entonces este caballero tenía el monopolio de este apreciado molusco, y es de sentir que ninguno de sus descendientes haya continuado un negocio tan importante como lucrativo.

La Escuela de Ostriculturas creada hace algunos años por una disposicion gubernativa, dirigida por un hábil biólogo en sus comienzos, no dió los frutos que se esperaban. Despues de varias tentativas y experimentos dispendiosos, fracasó totalmente esta bien inspirada especulación mercantil, que tendía a perpetuar y a acrecentar la especie, camino de su agotamiento por el abuso sin restricciones en

la pesca, sin vedas que permitan la libre gestación de las nuevas generaciones.

Cúlpase este nuevo descalabro a falta de fondos, a la mala situación de los viveros, expuestos a la furia de los vientos reinantes del norte y travesía etc, etc.

Hoy la situación no ha cambiado, si bien es cierto que hay una o dos concesiones que velan por evitar el depilfarro y la pesca en épocas de procreación, en cambio no hay viveros artificiales de engorda y mejoramiento de la especie; la selección no existe, se toma lo que se pesca y a fardo cerrado se remite a los poblados del norte.

Otro marisco de que hace un gran consumo el pueblo, ya fresco o en sartas, ahumados, es la navajuela, que se pesca en las bajas mareas, con ayuda de una especie de paleta de madera que se encaja en la arena, en los puntos que indican, como un respiradero, la presencia del marisco; este se cocina en cazuela y en forma de charquicán, o se pica y se sazona como pino y se rellena con él empanadas,

Qué asombro experimentarían los santiaguinos si vieran en que abundancia se cojen los erizos, pues hay épocas en que vienen de los canales del sur al mercado de Ancud, embarcaciones cargadas solamente con esta sola especie; y mientras allá cuesta un erizo de

regular tamaño, cincuenta centavos aquí vale la docena esa cantidad.

Tan abundante y mas talvez es el cangrejo, que no llega al Mercado de Santiago; la docena vale lo mismo que la del erizo. La jaiva es mas escasa y se la aprecia, con razón, menos que el cangrejo, al que solo la centolla aventaja en tamaño y en la delicadeza de su carne. El cangrejo se come hervido, fiambre y sin aliños, en tortilla y dentro de su carapacho mismo, sazonado con pan, cebolla y pasas y huevo duro y perejil.

A esta ya larga lista, hay que agregar todavía los sabrosos y succulentos picos, que semejan cuando gordos a un trozo de riquísima mantequilla; los locos, que como sus congéneres humanos, necesitan muchos palos y ceniza para que entren en razón, es decir, para que se ablanden y se sometan al criterio comun; las tacas, que dan sabroso caldo, pero que no son muy digeribles; las puípureas machas, de hermosa concha acanalada; los caracoles, los comes, los chaperines, y finalmente los piures, excelentes en pebres, ya frescos o ahumados y que motivaron la equivocacion y admiración del paisano, cuando al ver en Valdivia un cerezo en plena fruta madura exclamó; «qué tierra tan fértil, hasta los árboles dan piures (piures) Sic?

El cochallullo, hecho curanto y el luche entran tambien en gran parte en la cocina chilota, ya en las cazuelas del sabroso corde-ro chilote, sin rival o frito el último.

Entre las aves de ribera que aprovecha el insulano para su cocina o para la venta, figuran los zarapitos, que pululan en las playas de Lechagua y en mayor abundancia aun en las de Huicha; en estofados son sabrosos y pierden casi del todo su sabor aceitoso. Pero mas aceptables son aun los patos silvestres, de que se ven cubiertas las riberas del Pudeto, en los lugarejos de Caipulli, Cogomó y Pupelde; son de variados tamaños y colores, y bien cocinados son un manjar apetecible, que algunos hallan superiores al canqueñe, hermosa ave de plumaje vistoso y abundantes carnes.

Además de las pieles de lobo, huillines, nutrias etc., hay que recordar las de garzas, cisnes y fiamencos, sobre todo las de estos últimos, que en los meses de Junio, Julio y Agosto enrojecen en gran extensión los bajos del Pudeto con sus hermosas plumas purpúreas, que podrian ser un buen negocio, si alguien se preocupara de preparar convenientemente estas pieles para su conservación.

Estos son al correr de la pluma los productos de la pesca y caza en las hermosas bahías y tranquilos canales del Archipiélago, que una administración previsora debería fomentar

con una reglamentación aparente y con el establecimiento de una Escuela de Pesquería y Caza, a fin de que andando el tiempo no se agoten estas importantes especies, que por sí solas constituyen una inagotable riqueza, que naciones de mayor cultura que la nuestra, en sentido industrial, se guardarían muy bien de desperdiciar.

El Dieciocho

No creas, amable lector, que traiga a colación el Dieciocho para hablarte de los grandes acontecimientos que en este memorable día se verificaron para gloria y libertad nuestra.

No soy historiógrafo ni lo pretendo; soy apenas dibujante de perfiles a lápiz. Y aquí va éste, salga bien o mal, si lo primero, guárdate el bosquejo en el rincón mas remoto y empolvado de tus anaqueles provistas de lujosos TOMOS y LOMOS, si los tienes, y en caso contrario guárdalo donde te plazca; si lo segundo, me conformo con que sirva siquiera para envolver yerba mate.

¡Cómo han cambiado las cosas desde tres lustros a trás, a pesar de aquel conocido dicho de no se quién, creo que personaje bíblico, que raza: «nihil est novum sub sole ó sea nada hay de nuevo bajo el sol! Para mí lo que hay

de nuevo es una marcada indiferencia, que no sé a que atribuir, una falta de entusiasmo para la celebración de la memorable fecha de mi referencia.

Recuerdo perfectamente que la llegada del 18 era esperada con muchas semanas de anticipación, tantos por los imberbes como por los barbudos y barbilampiños que componían antaño la nobleza, burguesía y plebe de mi nunca bien recordada ciudad natal de X. Era de ver lo atareadas que se mostraban las madres de familia, recortando y amoldando los pantalones del PATER FAMILIAE, al exíguo corpecito de los individuos de su nidada; mientras los más crecidos y entrados ya en aquella edad en que por sí mismos lustran sus zapatos, se acomodan la corbata con esmero, se cepillan el hongo primerizo, se pasan una mano de cabo rubio o negro por el incipiente bozo y manejan con cierta cortedad la bien barnizada varilla con puño de latón amarillo, esperan el terno hecho por el mejor sastre del pueblo, con la misma ansiedad que el caballero andante recibía de manos de sus padrinos las deseadas armas y armadura, con las cuales esperaba causar el asombro de sus congéneres y conciudadanos. ¡Vanidad pueril propia de todos los hijos de vecino, llámense franceses, chilenos o escandinavos!

Pero, afuera divagaciones, y voy al asun-

to en tabla. Como iba diciendo, cuánto han cambiado las cosas desde aquellos mis benditos años, cuando cada peneca de escuela ostentaba orgulloso en la diestra de la estrenada blusa la escarapela tricolor, puesta por la mano opresora y temida por la mano del maestro.

No creo que el «canciller de hierro» lleve sus condecoraciones con más desplante y legítima vanidad, que yo y mis compañeros de silabario nuestros distintivos patrios en aquellos días de cohetes, confitos y empanadas; de marchas y desfiles al compás de marciales cantos, de vivas y atronadoras descargas, de embanderamientos y luminarias, en una palabra, de general jolgorio, desde la primera autoridad gubernativa hasta el más palurdo portero, desde la dama más empingorotada hasta la que enronquecen los cantos y el licor, en la jarana que se arma de padre y señor mío dentro de las improvisadas y atrayentes carpas, atestadas de mesas cubiertas de fritangas, alfajores, caramelos, naranjas y demás comestibles y bebibles que, desde lejos, los primeros, hacen salivar las bocas infantiles, y de cerca los segundos, secan el gaznate de los báquicos habitantes de la carpa.

¡Qué diversiones aquellas, que variedad de juegos, ni en la «Olimpicas» se veía algo semejante! Aquí un giratorio «rompe cabezas,»

en el que más de un gañan, haciendo prodigios de estática, encuentra la solución del problema despatarrándose contra el suelo al menor descuido en el equilibrio, y todo esto entre carcajadas y pullas capaces de hacer enrojecer a los mismos mármoles de una tumba.

Allí la «cucaña ó palo ensebado, que rompe mas patalones y mangas que las mejores tijeras. ¡Símbolo de la dicha humana, tan trabajosamente buscada y nunca lograda!

Mas allá el ridículo saltar de los «ensacados, las carreras pedestres de los rapaces, el loco correr de los espantados gatos, atemorizados por el ruido de los cohetes que llevan prendidos en la cola.

¿Y qué diré, Dios Santo, del trascendental «encatrado», adornado primorosamente por las manos de entusiastas vecinos, con arcos de laureles y banderas? ¿Y las carpas? ¿Había algo mas popularmente entusiasta que las carpas? Ese si que era un «maremagnum» característico de nuestro «modus vivendi». Siempre se distinguía una entre todas por su mejor arreglo, sus mejores viandas, duces y licores. Siempre había una cortinilla que ocultaba a las miradas del público los desahogos de la «jeunesse dorée, a diferencia de las demás, en las que todo se hacía a vista y paciencia del expertador. Y no solo la juventud escojida era la que entraba a estas carpas aristocráti-

cas, tambien iban las autoridades y respetables vecinos a sacudir sus años y respetabilidades, echando una cana al aire. No sé porqué son los ciegos los que, tanto en las escenas dolorosas como en las alegres desempeñan a maravilla papeles tan heterogéneos.

Ellos son los que levantan en vilo al danzante con el acompasado y armonioso vibrar de la guitarra, en la cueca, y ellos son los que en velorios y en días de ánimas ganan sus reales rezando automáticamente mas rosarios que cuentas tienen éstos.

¡Con qué fruición era esperada la noche de los fuegos artificiales, esa si que era NOCHE DE NO DORMIR, no como la que llaman BUENA, en que uno tomaba su pasaje para los dominios de Morfeo, en cuanto lo hacían las gallinas!

¡Qué gritos! ¡que comentarios al encender las primeras piezas! Siempre la última era mejor que las anteriores.

Pero el non plus ultra de las fiestas patrias era la parada militar con sus correspondientes ejercicios y fogonazos en el campo de Marte.

Las carpas de la plaza se transportaban entonces allá con muebles, música y artículos comibles y bebibles

Allí eran los tumultos y sopapinas impresionables; la policia ponía a todo este desorden orejas de mercader, cómo no se reventaran. para eso era el Dieciocho, para pegarse de lo

lindo sin miedo a alguaciladas. ¿Acaso los hijos de Chile libre no eran también libres? No, pues, el derecho a sopapo a la luz del día era incontrovertible.

A la conclusión de los ejercicios militares se daba libertad a los cívicos, y era de ver aquellos guerreros que disparaban sin plomo, como se desparramaban por esas carpas del diablo; ni los vándalos ni los hunos hicieron jamás tanta destrucción como la que estos cívicos hacían en botellas y sartenes. La banda de músicos se dirigía al muelle para tocar durante la regata de botes, otra diversión amenísima del gremio de fleteros, dividido en dos bandos, cuyos jefes eran el famoso Palma, diestrísimo en halar y en dirigir el bote como una saeta, y el forzado Miranda, que quebraba más remos en una palada que tablas tenía el bote.

Si alguna vez he encontrado profundamente filosófica una poesía, sin duda alguna, una de éstas es aquella que dice: «Pasaron ya los tiempos / en que lamiendo rosas etc.», cada vez que pasaba el Dieciocho, como pasan todas las cosas de la vida: las grandes alegrías y las grandes desgracias. I pensar ahora que ya no existen esos entusiasmos pueriles y sinceros ni en la juventud ni en la virilidad, me irrita hasta el extremo de decir lo que dicho queda.

I no es por que seamos hoy menos chilenos que ayer. Es porque con la ilustración en

ropea nos va viniendo un amaneramiento inusitado, seco, frío, hasta el extremo de mirar con indiferencia la celebración de nuestras fiestas patrias.

Digan lo que quieran yo voy con Rousseau: cuanto mas alejado está un pueblo de lo que se llamaba cultura social, mas inocente y puro es en sus costumbres, más sincero y entusiasta en sus negocios, mas francos son en sus negocios sus habitantes, menos criminales, en una palabra, menos hipócritas.

Un paseo por el río Pudeto

Vivamente impresionados por el hermoso paseo que días atrás hicimos por el lugar denominado Huillinco, en donde hay establecidas varias familias de colonos, no podemos menos que escribir algo sobre esto, a fin de dar a conocer estos poco visitados lugares a las personas que no los conozcan, y de llamarles la atención a aquellas aficionadas a contemplar de cerca las admirables bellezas de una naturaleza rica en perfumes, colores y aire vivificador.

De sentir es que no haya entre las familias ancuditanos ese placer, tan general en otras partes, de darse momentos de la más pura expansión, en los innumerables lugares de recreo que existen en nuestra tierra, pródiga como

la que más, en paisajes llenos de luz y de una poesía arrobadora, que expanden el corazón y recrean el espíritu, alejándonos de las fastidiosas tareas de nuestra vida monótona.

Si en la contemplación del cielo admira el astrónomo la precisión matemática con que los astros recorren sus órbitas, en la contemplación de la tierra el hombre que sabe sentir admira las múltiples y variadas manifestaciones de la naturaleza. Los astros nos revelan al «Dios sabio,» el campo nos revela al «Dios artista»; lo de arriba es el cerebro, lo de abajo el corazón.

Con razón dijo el sabio poeta en uno de sus tantos arranques líricos:

¡«Al campo, al campo, la ciudad me enoja»!...

Él es el eterno regulador de nuestro viciado ambiente de ciudad; él es el dulce confidente de nuestros más recónditos dolores; él es fuente inagotable de inspiración para el pintor y el poeta, y hasta su variada y brillante verdura nos recuerda a cada momento nuestros sueños de esperanza. Él alienta al ingenio humano en sus variadas manifestaciones, con el lujo de sus frescos atavíos: con el mirto se corona al poeta, con el laurel al guerrero, y hasta la desierta tumba van los sauces y cipreses y siemprevivas a expresar el sentimiento de los vivos.

Pero dejemos a un lado divagaciones que nos llevan fuera de camino, y vamos al asunto.

Era una mañana estival, con arreboles purpúreos, ni la más lijera brisa venía a interrumpir la tersura del río, lleno entónces, a las seis de la mañana, hora en que abandonábamos la ribera que da al pequeño caserío de Pudeto. Imposible nos es describir exactamente las continuas impresiones que recibíamos desde que atravesamos el gran puente hasta que el guía con su acostumbrada previsión, nos señalaba por momentos el rumbo que debíamos seguir, a fin de evitar los muchos bajos que en largos trechos interrumpen la marcha, los cuales se anuncian por el color terroso que dan a las aguas.

Un poco mas arriba del lugar en que está la capilla de Caipulli, comenzaron a dejarse ver las canoas de los indigenas que van a Ancud para vender leche y verduras, la mayor parte tripuladas y manejadas por mujeres.

Pero donde verdaderamente creció de punto nuestra admiración fué cuando el guía nos indicó el camino que debíamos tomar. Era imposible imaginarse que nuestro bote pudiera navegar por un hilo de agua, pues, sin exageración, habia partes en que parecia deteneirse, apresado por babor y estribor entre las riberas, y entonces era necesario valerse de largas varas, para impelerlo hacia adelante, y es de

advertir que esta canal se prolonga cerca de una legua, y solo al fin de nuestro viaje se ensanchó un poco, lo suficiente para dar vuelta la proa del bote.

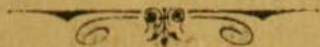
Inútil creemos decir que después de tres horas de recogimiento, es muy agradable estirar los miembros entumecidos, dando carreras y saltos por hermosos pampas de piso musgoso, y lomas cargadas de murtas, canelas y calafates; y si a esto se agrega la consabida cazuela de cordero, aromatizada con orégano y perejil, que con su correspondiente asado que sabe a gloria, lleno de aditamentos, tales como papos cocidas en el rescoldo, habas, arvejas, etc., con intermezos báquicos, tienen lo suficiente las personas que esto leen, para juzgarnos gastrónomos por excelencia; pero se llevan un soberano chasco, porque no comemos más que un pollo (hambriento, se entiende).

A las seis de la tarde estábamos de vuelta y no podíamos retardarnos más a causa de la señora marea, dueña absoluta de esos lugares y sumisa esclava de ese hermoso queso que se pasea impunemente por nuestro cielo, al que los quiltros ladran inutilmente, mientras el poeta endiosa en sus cantos, el enamorado le refiere quedo con sus suspiros, los desdenes de su adorado tormento, el malvado conmina y odia, y los paiteños y valencianos se contentan con

quedarse mirándola con un palmo de boca abierta,

Alguien dijo, talvéz con mucha filosofía, eso de: «lástima grande que no sea verdad tanta belleza», pero no se le ocurrió decir lástima grande que sea verdad tanta belleza, como se nos ocurrió a nosotros, cuando después de cuatro horas de viaje, sumidos en profunda oscuridad, siempre que no brillaban nuestros cigarrillos, ví que el río nos regalaba su brillo fosforescente que en partes tiene, dábamos diente con diente, tiritando de frío. Pero nos consolábamos pensando que en esta picara vida va tan unida la risa con el llanto, que no sabemos decir donde concluye aquella y principia éste. Siempre será una verdad de a folio eso de que «a bragas enjutas no se pescan truchas», por que la más pequeña satisfacción que queramos alcanzar, siempre nos costará un sacrificio proporcionado al bien adquirido.

Si alguien se entusiasma con la descripción que a la ligera hacemos de nuestro paseo por el Pudeto, y quiere hacer otro semejante, échese a dormir y navegará sin contratiempo, como navegamos nosotros, hasta que el bostezo de un transeunte nos despertó de tan largo como característico sueño.



El desclave

Era yo muy niño la primera vez que asistí, al lado de mi santa madre, a esta memorable fiesta religiosa del Viernes Santo, que tan perdutores recuerdos dejó en mi impresionable cerebro de adolescente.

El desclave era la última ceremonia espe-luznante de la Semana Santa, en aquellos benditos tiempos en que la fé piadosa y el candor de los fieles se enseñoreaban libres del frío racionalismo de nuestra época, que ha logrado en parte estender su frío amaneramiento, también a dicha ceremonia, cómo que hace años no se verifica ya un desclave, como el que hoy acude a mi memoria, lleno de poesía y de misterioso pavor.

En las tetricas noches de tinieblas, que simbolizan el negro dolor de María, en que al toque periódico de la campanilla, se apagaban paulatinamente y ordenadamente la multitud de velas que adornaban el altar, entre murmullos de catacumba, que semejaban las voces de los canónigos y presbiteros, con qué impaciencia se esperaba el último toque que ordenaba apagar la última vela. ¡Qué pavor y qué deleite a la vez, cuando sumergidas las bóvedas del templo en hondas tinieblas, estallában los palmoteos y golpes de bastón, sobre el piso y paredes de la iglesia enlutada. Y tras

aquella espantosa barahunda que duraba poco por suerte, y en que tomaban parte principalmente no solo los muchachos bien apercebidos de pánalos, sino tambien respetables corderos de ideal rebaño, comenzaban de nuevo a alumbrar ese caos deseado, mechas enceradas, velas y velones, fúlgidos diamantes, como dijo el poeta, de aquella divinal y misteriosa esfera.

Todo esto era nada ante la máquina de desclave, por cuyo religioso éxito trabajaban noche y día los venerables padres franciscanos de mi pueblo, hasta dejar concluido ese anfiteatro, que comenzaba a los pies del altar para concluir en gradería ascendente hasta cerca de la bóveda del templo.

Sobre un bosque improvisado de laureles y arrayanes destacábase en primer término la noble y majestuosa figura del Rey de los judíos cuyo sacrificio y cruentos dolores no terminaron en tanto que el hombre, apartándose del bien, dejó de clavar en el corazón de su divino Redentor, las saetas de su indiferencia y los dardos envenenados de su ateísmo, y mas que todo, quizas, las lanzadas de muerte que los cismas le asestan en su nombre, mientras bifurcándose parabolicamente, se apartan mas y mas del punto de partida, humilde y débil ayer orgulloso, rico y fuerte hoy.

A la derecha, la Mater Dolorosa, la figura más simpática del grupo, que a la vista de una

madre atribulada, no hay rodilla que no se doble, ojos que no se empañen y corazón que no asocie esa figura a la bendita mujer que nos llevó en su seno, y probó talvez idénticas amarguras en el calvario de la vida, por un hijo amado.

A la izquierda, el noble amigo, Juan Bautista, con su cayado de pastor; sintiendo con sus robusteces de asceta, adquiridas al aire libre, las debilidades que el dolor infiltra en los organismos mas fuertes.

El templo, bastante espacioso. se llenaba de bote a bote, con la enorme concurrencia que, horas antes de la fiesta acudía del pueblo y de sus alrededores, para presenciar el grandioso espectáculo de un Dios sacrificado, y escuchar las «siete palabras», que desde el madero de ignomina, lanzó a las generaciones que habran de sucederse, el sublime reo que cambió la faz del mundo y se eternizó en su agonía; que endiosó la humildad y el dolor, y convirtió el madero infame de su martirio en la afamada y bendita cruz que millares de mártires abrazaron en las arenas del circo; que condujo a Jerusalem inmensas caravanas de guerreros medioevales y es dignó remate hoy de los soberbios y humildes templos del orbe cristiano.

Al toque repetido de las «matracas», desparramadas por el pueblo y tocadas a todo zangaloteo por unas pandillas de muchachos, acu-

dían los oyentes con toda la gravedad que el caso requería.

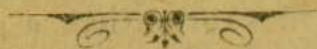
A las tres de la tarde, mas o menos, comenzaban las siete palabras, que comentadas por el orador sagrado, escogido entre los venerables franciscanos, se alargaban, se alargaban hasta las cinco, cuando ya el predicador denotaba su fatiga, menudeando pequeños sorbos, agachándose dentro del púlpito, secándose los hilos de sudor. Y entonces llegaba el drama a su parte culminante.

Con la voz enronquecida, el cabello en desorden y los brazos convulsos, ordenaba el predicador a dos o tres frailes que se mantenían al pie de la gradería, que subiesen al improvisado calvarió y desclavasen «y de aquí viene el desclave» al Redentor del mundo. «Subid, santos varones, decía, y acabad el suplicio de esa Madre santa y afligida; golpead con compasion esos clavos que retienen su cuerpo sacrosanto; dad con tiento, a fin de que cada martillazo no reanueve el dolor de su madre.»

Y; horrible espectáculo para mis cortos años! Al dar los frailes un martillazo en los clavos de la cruz, un clamoreo pavoroso se levantaba de la multitud; quejidos, suspiros, ayes de angustia, golpes de pecho, recias palmadas en las mejillas y sobre todo este horrendo desconcierto la estentórea voz del predicador, echando los pulmones y lo mejor de su

arenga para producir el patético hasta el delirio. ¡Ah! no olvidaré jamás esa escena emocionante, ese cuadro terrorífico de gritos y desmayos! I luego la exangüe figura de Jesús, con la horrible lanzada de bermejos labios, con las cárdenas manchas de sus rodillas de solladas, y con los horribles agujeros de sus manos y sus pies, con los labios amorrotados y secos, el rostro cadavérico, los ojos mortecinos, envuelto, descendido ya de su cruz, por un blanco sudario; yaciendo en unas andas, era paseado después por las calles, a los acordes de una banda de músicos escoltados por un escuadrón cívico y por el inmenso y dolorido gentío.

Yo no sé hasta qué punto ese espectáculo teatral era edificante ni pretendo averiguarlo. Lo que de él me queda es una vaga mezcla de horror y de chabacano artificio. Ante la sensatez que dan los años, miro todo esa máquina sublimemente pueril, estrana a toda cultura actual, a la delicadeza de nuestros sentimientos íntimos, y al ideal que encarna la figura más culminante de los siglos, la del Legislador de los legisladores.



¡Cómo se progresa!

COSAS DE ANTAÑO

¿Qué era yo ocho lustros atrás en la apartada y patriarcal villa de Ancud, último reducto de las legiones realistas del caballeroso Quintanilla? Un muchacho de la estudiantil y bulliciosa pandilla del maestro D. Bartolomé y de su Monitor Salas, quienes, armados del legendario y sacramental guante dirigían los remates de los sábados, pugilatos intelectuales entre romanos y cartagineses, en donde por un quid pro quo nos zurrábamos a diestro y siniestro.

¡Cómo se progresa! Al Vepeneque de Sarmiento, al Libro de los Niños, al Universo, a los Poemas de la Infancia, sabrosísimo pasto de los educandos de entonces, han sucedido ahora hermosos libros con ilustraciones para todos los ramos del humano saber!

Alejados en aquellos memorables tiempos del resto del mundo, aislados propiamente dicho, del resto del país, esperábamos quincenalmente, sumidos en la tormentosa penumbra de nuestro cielo lluvioso e inclemente, la mayor parte del año, la venida del único vapor de ruedas, el Chile, que considerábamos poderoso como un transatlántico, a pesar de que su registro no pasaba de mil toneladas.

Llenábase nuestro muelle de curiosos al

estampido del cañoncito que, colocado en la proa del Chile, anunciaba su llegada, pues aún callaba la bocina en el fondo de las calderas, esperando a su inventor.

¡Cómo se progresa! De aquellos buques a vapor solo queda una pálida memoria en la historia marítima de Chile, como que para el arte progresista de la navegación se mirarían hoy como las carabelas de Colón, esas verdaderas carretas, movidas tarda y pesadamente por sus enormes ruedas espumantes.

Recuerdo aun, como una lejanía que se esfuma en la pálida lontananza del pasado, la figura de D. Fernando Cabrera, el laborioso magico que trajo a Chiloé; la tierra del aislamiento y del olvido, ese hilo misterioso, conocido vulgarmente por la «tripa del Gobierno», que unió en memorable fecha a la antigua e histórica Castro con la moderna Ancud, fundada por el gallardo D. Carlos Berenguer en 1868.

¡Con qué estupenda admiración mirábamos los muchachos de entonces la colocación de postes y aisladores y el misterioso y parlante cable, que desarrollaba sus anillos desde el tambor giratorio que movían esforzados operarios! ¡Cómo mirábamos estasiados perderse en las remotas lomas del legendario Bellavista, la simétrica palizada del incorruptible ciprés, orgulloso de sustentar en su copa, como mastelero de un buque insignia el pabellón del

progreso mundial, portavoz de las tempestades del cielo, encadenadas en el sutil alambre que el ingenio humano fabricó para sus comunicaciones rápidas de un hemisfero a otro!

¡Qué júbilo tan intenso conmovió entonces a los vecindarios de los citados pueblos, agrupados en las respectivas oficinas telegráficas, al sentir el tic-tac del manipulador y ver el deslizamiento suave de la cinta bruja, que con sus puntos y rayas diminutas, cantaba el triunfo del hombre y el servilismo de los fenómenos naturales!

Aun se recuerda el dicho de un hombre del pueblo, al recibir un telegrama de su mujer, residente en Castro: «esta no es su letra», dijo con enojo; a mí no me hace lesa nadie, bueno fuera que yo no supiera cual es la firma de mi mujer!»

Otro decía: «con estas invenciones del diantre ya no necesitamos aprender a escribir»

Leran de ver las francas risotadas del telegrafista y de la culta concurrencia, ante las opiniones de tales paletos.

¿Cómo se progresa! decían entre tanto los comerciantes de entonces, ya no necesitamos ni papel de oficio, ni obleas, ni arenilla para nuestra correspondencia comercial; todavía no salían a venta los sobres y el papel secante, adelantos de pocos años atrás

Unidos al resto del país por el cable submarino que atravesaba el canal de Chacao, la Isla dejaba de serlo, para convertirse en parte integrante del continente. Han pasado los años y hoy, que atraviesa un bote por el mismo canal, porque el cable no existe, para llevar de un lado a otro los telegramas, dicen sarcásticamente los isleños de aquellos remotos tiempos: ¡Cómo se progresa!

Caicumeo fué el célebre ingeniero indio que sin más teodolito ni cuadrilla que su férrea hacha y machete al cinto trazó el camino que une a Castro con Ancud, cuando un bosque virgen e impenetrable, cortaba toda comunicación entre ambas.

¡Admirable sagacidad y empuje de aquella raza aguerrida, digna émula de los esforzados españoles que, comprendiendo su valor, eternizaron su fama en los cantos épicos del inmortal Ercilla.

Un viaje a Castro, veinte leguas mas o menos, era considerado años atrás como una verdadera proeza, si se toma en cuenta la soledad y aspereza del camino, que atravesaba senderos pantanosos, quebradas profundas y laderas arcillosas que con las lluvias tan frecuentes del invierno, convertíanse en serios peligros para el caballejo chilote, y mas aún si a esto se añaden las crecidas de arroyos y rios.

Aún vive en la memoria de muchos la vuel

ta de a caballo que se dió en los albores de su vida, cuando se dirigía a Castro a trabajar su candidatura de diputado, el gran estadista D. Pedro Montt y ¡cosa curiosa! esta caída histórica y el cariño que manifestó por Chiloé el Sr. Montt, hasta en sus disposiciones testamentarias, originaron la construcción del combatido ferrocarril de Ancud a Castro.

¡Cómo se progresa! El viaje que antes se hacía en diez o doce horas, lleno de peripicias y sufrimientos, hoy se hace comodamente sentado, en cuatro horas, mientras la vista se deleita en la contemplación soberbia y gallarda de los espléndidos panoramas que no abandonan al viajero en todo el trayecto.

Mucho se ha discutido sobre la utilidad que reportaría al Fisco dicha línea férrea, de trocha de 60 centímetros; los pesimistas, que son siempre una verdadera rémora para todo progreso, han sido por desgracia los más; ellos habrían querido una utilidad inmediata y pingüe, cosa que no es posible realizar todavía porque tengo para mí que toda línea férrea es un río fertilizante que va despertando a su paso energías latentes, industrias desconocidas, laboreo racional de tierras incultas, núcleos modestos de casas que llegarán a ser otras tantas poblaciones florecientes. Pero esto no se efectúa de impróviso, es necesario dejar que el tiempo obre esta transfor-

mación maravillosa, las grandes gestaciones son siempre laboriosas y mas o menos tardías.

El complemento de esta obra de progreso, cuyo buen éxito se retardaría si no se efectuara pronto, es el arreglo del antiguo camino de Caicumeo y de los ramales que van a Quemchi, Dalcahue etc.

A tales adelantos locales han sucedido otros de no menor importancia. A la brillante incandescencia del hilo de platino, han oscurecido para siempre la vela de sebo, el candil pestilente, las bugías belgas, y toda clase de lámparas. Gracias a la iniciativa del esforzado y laborioso indígena de Alemania, Sr. Mücke, entra la luz a torrentes a nuestros hogares, silenciosa, brillante, sumisa; haces de luz cruzan las pavorosas sombras de nuestras calles y paseos; en donde agonizaba antes la humilde farola, entre vidrios sucios, focos potentes rasgan la oscuridad en todos sentidos.

¡Cómo se progresa! Para contar con todas las comodidades de los grandes centros poblados, solo nos falta que las abundantes lluvias de los cielos y la tierra se reúnan y se distribuyan en subterráneos acueductos y broten prodigamente, como manantiales misteriosos de limpieza y de salud.

Entonces vendrán nuevos progresos, en los distintos órdenes de la actividad humana; porque no es posible permanecer estacionarios

largo tiempo, ya que Puerto Montt, al norte y Punta Arenas al sur, nos abren el camino para toda iniciativa que signifique cultura y comodidades.

Las colonias extranjeras de Huillinco, Camino Nuevo, Lajablanca y Quetalmahue; el establecimiento del Regimiento Chiloé, las comunicaciones marítimas a Puerto Montt, Maullín y puertos del interior de la Provincia despiertan a esta de su prolongado letargo y comienza una era de resurjimiento general, que augura un porvenir brillante a esta hermosa region, que a pesar de sus lluvias y tormentosos huracanes invernales, atavió la naturaleza con bosques seculares, selvas perfumadas, mares pródigos, clima saludable y poblacion sana y honrada.

El último Ñancúpel

¡Cayó Ñancúpel, el último vástago de aquella legendaria horda de piratas, que sin Dios ni ley, tiñeron los poéticos fiordos de nuestro Archipiélago austral con la sangre de sus numerosas víctimas!

Era una mañana fría del mes de Marzo, la curiosa multitud esperaba impaciente frente al cuartel de la policía, la salida del hombrecito terrible, de cincuenta años de edad, rechoncho y fuerte todavía, de mirar inquieto

y de aspecto cínico, que pocos meses antes, con el delirio del alcohol ingerido la noche anterior del crimen, había llevado a la compañera de su vida miserable y errabunda de salteador, a la quebrada profunda de Caracoles, acompañado de su querida. Y allí, con la alevosía del tigre arrojaba al suelo exanime, de un tremendo estacazo en la frente a la infeliz hembra que tuvo la desgracia de ser su mujer. Y luego despues, con la feroz prevision del felino, cavaba precipitadamente con la punta de la estaca homicida, al pie de un hermoso canelo, el sepulcro de su desgraciada victima, ayudado en su extraña tarea de sepulturero por los rugientes celos de su querida, libre ya de la presencia de su rival odiada.

Descubierto este horrible crimen pocos dias despues, el mismo asesino se encargó de conducir a los agentes de policia al lugar del siniestro, y cuando se decubrian ya los pies del cadáver, enterrado cabeza abajo, ¡cosa curiosa! esclamaba en tono deprecativo el terrible Nancúpel; ¡«con cuidado, por Dios, señores!» como si temiera que la violencia por desenterrarla habría de dañarla algun órgano vital!

Torturado talvez, durante su largo encierro de algunos meses, por el frio y pesado contacto de sus duros grillos y mas que todo por los implacables y afilados agujijones de su

conciencia no dormida del todo, narró a muchas personas que fueron a conocerlo en su prisión, gran parte de su vida criminal. Con un cinismo rayano en bestial inconciencia, contó algunos detalles del ya lejano y trágico suceso de la pérdida de la Jilguero, nave mercante, cuya extraña desaparición en las islas australes enlutó un hogar respetable en Ancud, con la muerte del joven guarda que era el encargado de vigilar la carga y causó el trágico fin del capitán, su señora y una hija de 15 años. Narró entonces imperturbable el largo y doloroso calvario de esta familia desgraciada, sujeta a las bestialidades de aquellos desalmados piratas, por dos o mas semanas, hasta que concluyeron por esterminar a garrotazos a toda la tripulación. Él era entonces, dijo, muchacho listo de unos 18 años de edad, que tanto trepaba como gato montes a la copa del mas soberbio roble, como atravesaba los profundos canales del Archipiélago con la destreza de un lobo marino.

Era sobrino del famoso Ñancupel, que concluyó su miserable vida en el patíbulo de Castro, y del no menos terrible Nahuelhuen que fué fusilado en la carcel de Ancud, el año 18... protestando su inocencia con gritos clamorosos.

Allí esperaba, pues, ávida de emociones y por conocer al terrible asesino Vargas Ñancú-

pel, la gente de Ancud, atraída por el espectáculo rarísimo de una ejecución.

Apareció al fin, el hombrecito famoso, entre dos jesuitas y seguido de otros presos, obligados a presenciar el fusilamiento, como una lección para el porvenir. Colocado con sus compañeros dentro de una carreta, siguió ésta camino del antiguo polvorin, cuya áspera subida hizo volcar la carreta.

Y hubo de seguir a pié el condenado, con imperturbable calma y entre el silencio de la comitiva, turbado solo por el tintineo horripilante de los pesados grillos, hasta llegar al banquillo fatal. Antes de sentarse pidió que se le permitiera hablar, y dirigiéndose a la impresionada concurrencia, dijo con voz entera y con un pronunciado acento irónico:

«Yo soy inocente y voy a la loria y me quedo riendo de Uds. Yo jamas hice mal a nadie, todos son cuentos. Les ruego que no me hagan sufrir y apúntenme bien, perdono a todos, porque me voy a la loria» (gloria).

Se le vendaron los ojos y sentado ya en el banquillo, cuando el sacerdote se retiraba rezando el credo en voz alta, se notó que el reo no estaba atado al banquillo y aquí fueron los tragines para buscarse un cordel. Notó el reo esta falta, y con un valor y sangre fria verdaderamente espartana, se levantó de su asiento y desató con calma imperturbable la faja de

lana con que se ceñía los pantalones, diciendo: «aquí tienen, señores, ésta ya no me sirve», y volvió a sentarse.

Amarrado al banquillo, avanzó en silencio el piquete encargado de la vindicta pública y ante la tremenda descarga cerrada contra el reo sensiblemente los brazos, sin que exhalara el mas leve quejido. Avanzó después un sargento y a boca de jarro, como se dice, disparó certeramente en la sien izquierda; inclinóse a la derecha la cabeza y el cuerpo perdió el equilibrio. Y el terrible hombrecillo, terror de los canales australes, el sanguinario lobo de mar y pirata encallecido en el crimen pasó a ser un miserable despojo. Y así concluyó la vida del último Nancupel.





A FREIRE

Apagar no pudiste nó la tea
que encendieron los odios de patriotas,
luchador incansable en la pelea,
de Rancagua a las insulas chilotas.

Que tu memoria esclarecida sea,
ya del pasado las tormentas rotas;
fuiste nervio y accion y fuiste idea,
por eso grande en el presente brotas.

Hoy conmemora Chile agradecido,
la legendaria y tan tenaz campaña
que sostuviste con la Madre España
en Chiloé, a su corona unido.

Mocopulli, Pudeto y Bellavista
asentaron tu fama de guerrero,
y el suelo de la Patria quedo entero,
ya sin la pesadilla del realista.

Y mas que el brillo de tus cien victorias,
en que te hiciste el bravo entre los bravos,
conquistando el laurel de tantas glorias,
vale la libertad de los esclavos.

En medio del rugir de tempestades,
alla en Ancud, que te miró triunfante,

desafiara a los tiempos, arrogante,
tu estatua, admiracion de las edades.

A QUINTANILLA

Tú fuiste el ultimo adalid de España,
el varonil e hidalgo realista
que supo resistir a la conquista
en el rincon de aquella tierra extraña.

Perduran hoy tu lealtad y hazaña,
hijas de tu sentir idealista,
vencido del Pudeto y Bellavista,
luchando por tu rey tenaz, sin saña.

Emulo de Rodil en tu porfia,
un siglo ya agiganta tu memoria
de general, gobernador y guia.

Y noble vives en la patria historia
con toda la pujanza e hidalguía
de los hijos de España y de su gloria.

La Lancha Naufraga

Sobre las duras rocas de la playa,
la arrojó despiadada la tormenta,
y su pujanza el mar aun ensaya,
golpeandola con ola turbulenta
que la inunda, la oprime y la desmaya,
creyendo hacerle así mayor afrenta.

Como un cetaceo enorme, mal herido,
al sol presenta sus costillas rotas,
por donde el mar traidor, enfurecido,
entró cantando las bravias notas
que ahogan del marino hasta el gemido,
matando la razón, dejando idiotas.

La quilla que surcó veloz airosa
la azul inmensidad de tantos mares,
partida en dos pedazos, lastimosa,
no vencerá ya más en los azares.
de los que huyó felice presurosa,
alta y firme ia proa en sus andares.

El soberbio y enhiesto mastelero
que ostentaba de Chile los colores
y alientos le infundía al marinero,
yace abatido al peso de rigores,
sin el fuerte cordaje que altanero
venció del huracan recios furores.

Y convertida en miserables hilachas
como enseña vencida, ya irrisoria,
está su blanca vela, que las rachas,
la noche memorable de su historia,
con el cortante filo de sus hachas
le arrebataron el poder y gloria.

?Donde esta los soberbios mocetones
que hicieron de tu casco sus hogares?
Sin cruces ni piadosas oraciones
descendieron al fondo de los mares,
muertas en vida dulces ilusiones
que hicieron mas horribles sus pesares.

!Pobre nave, tu suerte otra fuera
si alentaran los bravos navegantes
que supieron vencer a la quimera,
humillando sus olas espumantes;
no en tan misero estado yo te viera,
sino altiva y gallarda, así como antes.

Mejor que el mar, la tierra es buena amiga,
en el lecho de roca que te ofrece
y que a tu quilla generosa liga,
sentiras la quietud del que perece,
sin que pruebes ya mas la cruel fatiga
del turbulento mar que airado mece.

Las que airoosas hoy buscan manso puerto,
huyendo de los recios oleajes,
veras tambien que tras un rumbo incierto
en que huelgan los utiles sondajes,
a tu lado vendran, que es un desierto
ese mar de tan perfidos mirajes.

Golondrina del mar, tus alas pliega
y aduermate la tierra tan piadosa,
nunca el invierno muy tardio llega
a deshojar la rama primorosa,
a matar la ilusion del navega
sobre la mar rugiente y tempestuosa.

Ya nada puede la feroz grandeza
de ese mar que corraste y que te humilla,
de hoy la meran con mimos y terneza
las olas moribunda de la orilla,
de las que hüiste un tiempo con presteza,
tu quebrantade y ya vencida quilla,

¡OH ANCUD!

(Al llegar)

Hoy vuelvo a recordar tu santo nombre
en los acordes de esta humilde lira,
porque ya alcanzas inmortal renombre
que alienta mi expresión y mi estro inspira,
al cumplirse el glorioso aniversario
de tu agosto, esperado Centenario.

Mas bello que el ensueño de un poeta
te miro sonriente a la distancia,
que siempre a tu existencia está sujeta
de mi pasada edad, la dulce infancia.
¡Con cuanto amor yo vuelvo a tus pensiles
por recordar mis años juveniles!

Viajero fatigado del camino
que alargan las llanuras polvorientas,
desaté mis sandalias en tu playa,
mis ropas arrojé de peregrino
y hundi el cuerpo en las aguas que desmaya
la marea en sus olas lentas, lentas.

Sacudi el corazón de liviandades,
aventé del recuerdo los dolores
y esclava mi alma, amé tus esplendores,
tus calmas y tus recias tempestades,
tus empinados bosques, tus riberas,
y me adormí soñando en mil quimeras.

Y tus divinas aguas bautismales
borraron el estigma de mi duelo,
cerraron mis heridas ya mortales,
que aquel maldito y despiadado suelo
curvó mi espalda y me cegó los ojos
y me trocó las mieses por abrojos.

Que fuiste tú el Jordán de mi existencia
en medio del dolor, casi pagana;
tus aguas me volvieron la creencia
del ya perdido albor de una mañana,
pues hoy renace placida bonanza
y alienta el mas allá dulce esperanza.

Al pie de mi ventana noche y día,
tus olas murmurantes languidecen,
o entonando salvaje sinfonía
se chocan, se amontonan, se estremecen
con el loco arrebató del amor
o las angustias de un mortal dolor.

Peregrinas de blanco zayal rielan
la limpidez azul de tus cristales,
impulsadas por las brisas estivales,
en busca de las costas que se anheian
cuando sin viento, el fatigado remo
le pide al músculo poder supremo.

Te he visto en las noches sosegadas
cuando la luna vela en las alturas,
bañar tu faz en esas linfas puras
y que a tus pies murmuran encantadas,

sumiéndome en la ardiente fantasía
de un hechicero eden de poesía.

Bella Ancud, si tuvieras toda un alma,
me rendiría a tu sin par belleza
y orlaría tu frente con la palma
que es virtud, amor y gran proeza,
porque tu regia majestad inspira
los débiles acordes de mi lira,

Porque calmaste la mortal zozobra
y a mi pecho tú diste el suave aliento
de aquel convaleciente que recobra
la ya perdida fe y el sentimiento,
alejada la estrella solitaria
que guió mi pupila en la plegaria.

¡ADIOS. ANCUD!

De tus playas me aparto como el moro,
llanto en los ojos, ayes de mujer,
Granada de mis sueños de placer,
que absorto desde aquí aun devoro,
con la mirada del que lejos parte,
nacido esclavo para siempre amarte.

Pues me lleva el deber a las galeras,
donde me aguarda el remo de mi duelo,
pobre forzado que sin luz ni cielo
ya no tendrá el rumor de tus riberas,

que avivaron su ardiente fantasía,
deleite de su cruel melancolía.

Arrobo de tus bellas lontananzas,
crestas nevadas, verdes espesuras,
limpidez azulina de ondas puras,
recuerdo de perdidas añoranzas,
todo acude veloz al pensamiento
avivando el dormido sentimiento.

Sumida la mirada en mi ventana,
ya no veré la blanca vela airosa
surcar tu superficie rumorosa
con halagos y hechizos de sultana,
nodriza del marino en tus arrullos
y prodigo sustento de los suyos.

Se va la veraniega golondrina
en busca de otros climas y otros mares,
y huyendo el huracan de los pesares,
plegó su vela nave peregrina;
pero de tus hechizos siempre esclava
quedó mi alma, que amante deseaba.

Me voy tras las remotas primaveras
do verdea la flor de la esperanza,
allí donde la paz siempre se alcanza
y donde el mar no tiene ya riberas,
donde el mortal deseo ya sin mito
se adormece soñando en lo infinito.

El Bosque Chilote

¡Con qué emoción profunda el alma mía,
fatigada del polvo del camino,
penetra ansiosa en la región umbria
que le recuerda su mortal destino!
Allí en dulce paz, naturaleza
le muestra sus tesoros de belleza.

Son los soberbios troncos seculares
de robles, de laureles y cipreses,
columnas que dan sombra a tus altares
y paz al corazón de feligreses.
Y a tus altivas naves cubren flores
que te inciensan con mágicos olores.

Allí dicen sus rezos matinales
con voces que deleitan y cautivan,
las diucas y jilgueros y zorzales
y las abejas que tus mieles liban.
Y ellos, los sacerdotes de tus templos,
de pureza y amor son los ejemplos.

Pues allí cada voz que se levanta,
ya saludo o ya tierna despedida,
es un himno de amor que nos encanta
o triste endecha por la luz perdida.
Blasfemia e hipocresía por tus naves
jamás cantaron las sencillas aves.

Mas ¡ay! sacuden recios vendabales,
con el rigor de la impiedad humana,

tus altivas ventanas ojivales
y cesan la plegaria y el hosanna;
mas, su arco de esperanza luce el cielo
y calma vuelve a tu agitado suelo.

Bosque de bendición, bosque chilote,
mas que a la furia del cruel invierno
al hombre teme, tu peor azote:
aquel contigo veo yo mas tierno,
pues solo desnudó tus verdes ramas
y no te destruyó con crueles llamas!

Conozco las leyendas y los mitos
que pueblan tus sombrías soledades
del Imbunche y del Trauco oigo los gritos,
unidos al mujir de tempestades,
mientras la Vauda y el Chucao cantan
y los fantasmas del entierro espantan.

Tú alimentas el fuego en sus hogares,
tú das comodidad a sus mansiones,
y de la quilla al mastil, en los mares,
por ti navegan mil embarcaciones;
y así, bosque bendito, te destruyen
y de tu seno los mortales huyen.

Mas yo comprendo tu poder y encanto,
huyendo el egoismo y vanidades;
por tí yo siento el regocijo santo
de aquellos que al partir de las ciudades,
mataron su ambición y sus amores
y en tu seno vivieron soñadores.

Tu sombría quietud no me amedrenta,
bosque chilote, mi mejor amigo,
que tus leyendas y misterios cuenta
quien deseando va tener consigo
una flor, ilusión para su vida,
un árbol, la señal de su partida.

EL CURANTO

Quiero alabar en este regio canto,
que bien merece estrofas tan reales,
las excelencias del sin par curanto,
que la chilota historia en sus anales
quiso estampar, con regocijo santo,
para anuycntar del misero los males.
Ven a mi presto, inspiracion divina,
y mi exaltada mente hoy ilumina.

Que hablen y que griten con empeño,
que promuevan tumúltos y alborotos,
que pierdan la alegría con el sueño
los que tan solo viven de porotos,
que desde aqui me rio yo y desdeño
a los que Chile llama ¡bravos rotos!
pues para mi no habra mas alimento
que el sabroso curanto, regio invento!

¡Habra mayor placer, por vida mia,
que el de olfatear con apetito ciego
la embriagadora y calida ambrosia
a que el chileno tiene tanto apego

y en cuya generosa compañía
jamás quedó el hambriento mudo y ciego?
El que probó de aquél fecundo pozo
ya no tendrá otro culinariogozo!

Allí en revuelto y sazonado gusto
habas, mariscos, papas y milcaos
quitan de toda cara el ceño adusto,
y aunque el ambiente del curanto es caos,
envueltos por el humo, no habrá susto,
como los suele haber en los saraos.
Y habrá quien diga que el chilote estulto
en su terruño vive flojo e inculto!

Que manduque el norteño sus cebollas,
que coma el valdiviano charquicanes
o guise el de Calbuco las centollas,
mas huelgome en comer yo sin afanes,
sin sartenes, teteras y sin ollas,
sin manteles, cucharas y sin panes
del curanto riquísimos manjares,
que no tendrán jamás otros yantares!

Hay quienes se desviven por morcillas
o sueñan con las ricas empanadas,
de los bisteques hablan maravillas,
si van acompañados de ensaladas,
y rompen lanzas otros por tortillas
jugosas, doraditas, esponjadas;
mas nada vale todo este artificio
que hace tiempo el curanto ganó el juicio!

¿Qué diré de la chicha saludable,
no de la baya, que usurpó su nombre,

sino la compañera inseparable
del curanto, al que dá su gran renombre?
Ella es el digestivo poderoso
que al vientre de su mas cumplido gozo.
Sobre el huesillo con dorado mote
pone el curanto el inmortal chilote!

Para probar, al fin, cuan exquisito
es el manjar que tanto entusiasmado,
a todos los presentes hoy invito,
sin zozobras, temores ni cuidados,
sin que nadie gastar tenga ni un pito
que yo lo pago todo de contado,
a comer un curanto macanudo
y entre tanto, señores, os saludo!

EL CALEUCHE

Esa noche estaba oscura
y caía el aguacero.
"Acércate aquí aparcerero;
que tengo gran amargura,
pues no diviso el sendero.
¿Que haciendo aquí, sin candela,
perdido en este camino?
¿Si será pues mi destino,
ya que nadie me consuela,
morir esta noche oscura?"

Vaqueros eran los dos,
acostumbrados al lazo;
pero pedían por Dios
en tan tremendo embarazo,

que los sacaran veloz
de donde estaban perdidos,
en un muy grande barranco,
temiendo que a cada tranco
fueran abajo caídos,
aunque vaqueros los dos

Mas de repente una luz
mas a oscuras nos dejó!
Dios me valga y buen Jesús,
que no sé lo que pasó,
bendito sea su cruz.
Sobre la mar alumbrada,
como cosa de otra vida,
nos apareció en seguida
una fragata incendiada
que todo en ella era luz.

Un zafarrancho al momento
hicieron los tripulantes,
tocando un fuerte instrumento
que nos dejó agonizantes,
y en tan trémendos instantes,
haciendo todos cabriolas
tan solo sobre una pata,
se echaron sobre las olas,
y casi el susto me mata,
en ese mesmo momento.

Uno agarró a mi aparcerero,
que no se pudo callar,
le retorció su guargüero
hasta que lo hizo gritar,

y con él se fué ligero
a su barco todo luces,
mientras yo muerto y no vivo,
allí quedé haciendo cruces,
solitario y pensativo,
sin tener ya mi aparcerero.

Hasta que al fin ya rendido
oculto en un quiscalcar
me encontraron sin sentido
y sin poderme parar,
que estaba como molido.
“De buena escapó compadre,
me dijo el cura José.
que fué por su mucha fé
en la Virgen nuestra madre,
quédese a ella rendido”.

ODA A LA PAPA

Canten otros los goces de la vida,
las glorias inmortales del guerrero,
las del sabio, sublimes invenciones,
que yo cantar hoy quiero
con espresion sentida,
el producto de todas las regiones,
que bajo una modesta y pobre capa
el mundo entero llama ¡rica Papa!

De su fecunda fecula sabrosa
se saca el guachacay correlativo,

el divino milcao,
es primio o colao,
su culenta chuchoca mantecosa
o bailarín tropon dulce y festivo,
cuyas doradas, prodigas cortezas,
a leguan del chilote las tristezas.

¿Quién despreciar podrá ricos baemes
por pobres trapaleles y güilquemoes?
Y aun mas que los buñuelos
vale el candido chuño,
un hermoso producto que los cielos
regalaron al misero terruño
para curar los fatigoso males
y la tripa engordar de los mortales.

No habra manjar comó las papas fritas
vayan o no con huevos o bisteques,
cuchipoñis o ahitas,
valdran mas que panqueques;
asi como tampoco no hay razon
para mirar con cierto menosprecio,
por sus hechos talvez, al picaron,
lo que yo considero un adefesio.

Para el isleño no hay ningun sarao,
me refiero tan solo al campesino,
sin ricas empanadas de milcao;
tambien papas rellenas
acostumbran en cenas
castreño, ancud i tano y chonchino,

toda la gente, al fin, acomodada,
come cazuela, nunca carbonada!

Sin charqui se podrá hacer charquican,
como sin papa habrá talvez buen pebre;
mas, charquican sin papa nunca haran,
aunque el gran maitre d'hotel su caseo quiebre
y finja hacer pucheros
sin papas ni calderos,
cual si fuera posible al paladar
asi no mas sin papas engañar!

Y que manera de comerlas hay!
si es una verdadera maravilla:
en sabroso curanto o en polmay,
al rescoldo, con tierna mantequilla,
con toda su corteza,
hervida a la francesa;
pero mas esquisitas yo las hallo,
si me las sirven como papas mallo.

¡Y cuánta inmensa variedad de papás!
Desde las rosas hasta las chapedes,
corailas, rosadas y camotas
contemplarán ustedes
con muy diversas capas
y en mui distinto y sazonado gusto;
y es fuerza proclamar, porque es muy justo,
que las mejores papas son chilotas!

Desde las margenes del rio Chepu

hasta los vericuetos de Quellón,
no hay dilatado ni pequeño quepu,
ni recto ni torcido camellon
hecho a luma y gualato,
que al chilote pacato
no le asegure siempre un buen sustento
con un crecido y facil rendimiento.

Y con todo, sus siembras siempre exiguas
le condenan cada año a pruebas duras;
con ser pesadas, suben mas las chiguas
y escasas son tambien las raspaduras;
no hay sobrados esentos
siempre llenos de anquentos,
que endulzaban las horas tan amargas
de escaseces funestas siempre largas.

Hasta los cuchis van enflaquecidos,
pregonando de papas cruel hambruna;
los dornajos al sol, yacen partidos,
ya no los colma no ración alguna
de cuchipoñis tiernas,
que visceras internas
del regalado chanco bien cebaron
y su esperada muerte decretaron.

Ya nadie mide papas por almudes,
porque Braun y Blanchad se las llevaron
a venderlas por otras latitudes,
y a nosotros tan solo nos dejaron
las papas del milcao

y esto solo colao.

Nadie dirá ya hablando de la papa,
«en el fértil Chilue está la mapa»

Y quitarle al chilote su tubérculo
es dejarlo por fin tuberculoso!
es dejar a Turquía sin laterculo
a la Italia feliz sin macarron,
a la fachosa Francia sin champaña,
a la fuerte Alemana
sin rico salchichon
sin manzanilla a España, deleitoso.

¡Salve ¡oh! reina del reino vegetal,
fecunda planta de la patria mia,
¡oh! verde y sabrosísimo papal!
del rico y del pobre la alegría
y que a los golpes del genial gualato
eres de Chiloé el mejor ornato,
sin duda la novena maravilla,
mucho antes y después de Quintanilla!

Canción del Soldado Chilote

Aquí van los insulares
llena el alma de contento,
a servir al Regimiento
y a la Patria en sus altares.
Nuestro orgullo nadie humilla,

que somos los descendientes
de las huestes tan valientes
del muy noble Quintanilla.

El cerro de Bellavista
contempló ayer asombrado
que es el chilote soldado
resistente a la conquista.

Hoy todos somos patriotas,
que la Patria solo es una;
Dios le depare fortuna,
están sus cadenas rotas.

Nuestra belico ardimiento
es la indomable coraza
de aquella guerrera raza,
digna del épico acento

En las aguas del Pudeto
recibimos el bautismo
del legendario heroismo
que infundió entonces respeto.

Los tercios del Dieciseis,
formados por insulanos,
son nietos de veteranos
heroes del Veintiseis.

Con este bravo elemento
que nuestras filas hoy llena,
a la victoria encadena
nuestro gentil Regimiento

Riveros y Goicolea,
guerreros de nuestro suelo,
dadnos vuestro ardiente celo,
que os dió gloria en la pelea. (1)

NOTA. — Hoy este Regimiento ha sido disuelto sin causa aparente de importancia, y los habitantes de Chiloé, desde el grado 41 hasta el 52, Punta Arenas, no reciben instrucción militar, dentro del espacio de 200 leguas, mas o menos, y el Cuartel del Regimiento Chiloé N.º 16 se piensa dedicarlo a presidio!!! (Sic)

EL TRAUCO

Satiro de las selvas seculares
que habitan las torcaces y chucaos,
tu amedrentas a los pobres insulares
desde lo mas profundo de aquel caos

¿Alientas de verdad? ¿solo eres mito?
¿por qué no vienes a la luz del día
y ante la multitud lanzas tu grito,
sonora carcajada de jauria?

Por un instante tus hechizos deja
y a solazarte ven con el isleño;
arroja tu vestir de quilineja,
quiere ver tu pujanza y ver tu ceño,

Me tienen sin cuidado tus diabluras,
tus filtros y diabolica cojera;

refiorem tus torpes aventuras
que propala la gente asaz parlera,

Quiero probar el filtro delicioso
que adormece a la pudica doncella;
cuasimodo chilote, se piadoso,
dormida quiero contemplar mi bella.

Mas, ¿quién te arrancará a tus soledades
fantasma del fogon del campesino,
quimerica vision de otras edades,
reminiscencias del genial Merlino?

Los templos de las selvas insulares
con sus altivas naves de esmeralda,
que dan sombra a sus multiples altares
orlados de rocío, oro y gualda,

al Trauco y al Imbunche pronto ungiéron
sacerdotes de su rito misterioso,
la ignorancia y pavor tambien hicieron
al parroquiano isleno numeroso.

Y asi formando va la fantasia,
al rodar presuroso de los siglos,
la leyenda o genial mitologia
de ninfas, parcas, gnomos y vestiglos.

Así, bien quedas, Trauco, en el misterio
de las sombrías selvas y quebradas,
que habran de limitar tu vago imperio
pues mas alla no hay tierras encantadas.

Llama a la puerta del feliz labriego
con el hechizo del amor furtivo;
del pecho virginal turba el sociego
y de un corazón libre haz un cautivo,

Pero no vengas, Trauco, a las ciudades
a turbar virginales candidos;
quedate allá en tus vastas soledades,
solo frutas del campo te merces.

(1) Véase CHILOE Y LOS CHILOTES, mitología
isleña.—Cavada,

Versos del Queinun (1)

(Afuera)—Ave, Señora María
concebida sin pecado,
aquí yo traigo un recado
con toda la compañía.
Dejé mi casa desierta,
guardados los animales
y vengo a espantar mis males,
abra, Compadre, la puerta.

(Adentro)—El Señor sea alabado
por toda una eternidad;
si será, mujer, verdad
que mi Compadre ha llegado?

(Afuera)—Me puse la mejor muda
para venir, Compadrito;
abra por Dios lijerito

para que no tenga duda.

(Adentro)—Compadre, mucho lo siento
de no poder darle gusto,
anoche pase gran susto
que me sirve de escarmiento.

(Afuera)—Aunque estoy cuasi rendio,
aqui mesmo espero el día,
con mi amable compañía,
que ya no chista de frio.

(Adentro)—No soy, Compadre, gentil,
ni tampoco soy pagano,
sino un infeliz cristiano
que ya prendió su candil.

(Afuera)—Estamos todos a oscuras
esperando a su merced,
en la boca con gran sed,
con hambre en las asaúras.

(Adentro)—Compadrito, no me ofienda
con tantisimos cariños,
no faltan en casa aliños,
ya está lista la merienda.

(Afuera)—Ya, Compadrito, le dije
que no se haga el moscardón,
venimos por liversion
y el comer no nos aflije.

(Adentro)—Por lo que escucho y he visto
tendré al fin que levantarme,
y que el queguán pronto se arme

ya, Compadre, no resisto.

(Afuera) — Que se prendan los candiles
y se afine la vigüela,
traemos buena mistela,
si se acaban los batriles.

(Adentro) — Antes que el perro les ladre,
corre, mujer, la tranquila,
ya está lista la morcilla (1)
venga no más la comadre.
Pase adelante el gentio
y asienten en el estrado,
a su casa ya han llegado,
yo no soy ningun judío.
Con tortillas y milcao
y un buen trozo de cordero,
con chicha para el guargüero
no habrá ningun enojao.

(1) Fiesta chilota, vease Chiloé. — Cavada.

MILLALOBO

En las tierras de Notuco,
que estan cerca de Cucao,
nacio la hermosa doncella
llamada Juana Millao.

Esbelta como un retoño
de odorifico canelo,
cautivaba mocotones
en aquel tranquilo suelo.

Un día, torpe, su padre
la mando sola á la fuente
a que llenase la chungu
con el agua transparente.

No puedo, padre, le dijo,
que el que me acecha no es bobo;
mis pasos sigue doquiera
el imbunche Millalobo.

Mas, tanto porfio el cacique,
creyendo fuese un engaño,
que a la fuente fué la niña
y volvió despues de un año,

Hermosa llevo Juanita
con un niño entre los brazos;
presa la infeliz estaba
de Millalobo en los lazos.

En cuna de fresca paja
depositó su cariño,
y tornó a salir airosa,
recomendando a su niño.

Volveria acompañada
con fiuras del aquélarre;
pero encargó bien que nadie
al niño mire o agarre.

Ansiosa la vieja abuela
por ver a su nietezuelo,
se acerca a la cuna y mira

¡ y el niño voló hacia el cielo !

Y así Juanita Millao,
sin el hijo de su entraña,
vencida por su desdicha,
en una hermosa mañana,
al centro de la laguna
se arrojó despavorida,
gritando: «Toma, Cucaø,
aquí te entrego mi vida!»

Desde entonces cuando ruje
muy airada la tormenta,
la laguna se conmueve,
porque Juana se lamenta.

Romace de la Candelaria

2 de Febrero, fiesta religiosa muy celebrada.

Ya se prepara la gente
en Caibuco y Puerto Montt,
lo mismo en Castro y Achao
y en Ancud, pa' la juncion.

Ya levantan sus banderas
balandra, bote y vapor,
y en los despachos se vende
aguardiente del mejor.

La fiesta de Candelaria
se celebra el día dos,

siempre en el mes de Febrero
como el año que pasó.

La gente, gran tripulina
arma con esta ocasion,
se embarca con mucho gusto
para ir a la juncion.

Unos van por cumplir manda
otros por vender licor,
otros por echar su cuéca
en aquella liverción.

En los botes y las lanchas
todo es una confusión,
gritan mujeres y chicos
cada uno con mas voz.

Hasta que ya preparados
manda muy fuerte el patron:
"¡surje tú pronto la vela,
marchavete al botafón!"

El viento es de travesia
y pega por el babor,
van esas lanchas tumbadas
y adentro gritan: ¡adíos!

Al llegar a Carelmapu
todo es una animacion,
repiquetean campanas
y comienza la juncion.

La iglesia se llena al tiro
por oír misa y sermon,
por ver a la Candelaria

vestida con gran primor.

Y despues sobre el altar
se forma un grande monton,
son los cariños que llevan
los fieles con devocion.

De rodillas aquel hombre
ahi se arrastra con dolor,
una vela en cada mano
por cumplir lo que juró.

Aquella, besando el suelo,
con una grande afficcion,
al altar se va acercando
y asi su manda cumplió.

En hombros sacan la Virgen
y mas brillante que el sol,
dan la vuelta por el pueblo
y cantando una oracion.

Y aqui concluye la fiesta
y viene otra liversion,
suenan todas las guitarras
y mas chilla el acordeon.

Las fritangas de empanadas
se las comen de un tiron,
venden sus quesos los huasos
y no abastece el licor.

Y comienzan las peleas
y va y viene el bofeton,
y se echan las topiaduras

frente al macizo varon.

Y cuando se acaba el dia,
todos de un solo tiron,
a embarcarse van de nuevo
hechos una compasion.

Las guitarras sin sus cuerdas,
resollando el acordeon,
botellas y piperia
ya sin pizca de licor.

Los ojos amoratados,
destrozado el pantalón,
y sin cobre en el bolsillo
pues todo allí se jundio.

Las mesas vienen sin patas,
ya la artesa se quebró,
el sarten sin pizca e mango,
todito se agujereó.

Ya vuelven las lanchas todas
con muy fuerte ventarron,
viene del Faro cargando
por la proa y estribor.

Y se arma otra vez a bordo
una horrible confusion,
mariada viene la gente
de tanto mar y licor.

Muy tristes y pensativos
llegan al muelle en monton,
de la fiesta vengo ahora
dicen sin nada de voz

aquellos que antes gritaban
lo mismo que un gran cañon,
y así concluye la fiesta
hasta proxima ocasion,

PUREN

(Leyenda araucana)

A orillas del Bio—Bio
contáronme esta conseja,
si no sabida muy vieja,
del gran Puren, el bravo.

Cacique de gran coraje,
jefe de quinientas lanzas
y dueño de lontananzas
do crece el roble salvaje.

Guardaba como una joya,
dentro su ruca sombría,
a la su hija que vivía
en ella como una coya.

Mas, vió un día a un español
de patillas nazarenas,
y comenzaron sus penas
y en su ausencia no vio el sol.

Freno puso a sus antojos
el soberbio Bio Bio,
mas que su padre impio,
el puso llanto en sus ojos.

Que no podía la indiada
segun decreto reciente,
cruzar su veloz corriente
sin caer en la celada.

Pues, dominando la altura,
de San Carlos de Puren,
siempre alerta está el retén
para impedir la aventura

Mas, llegó una noche aciaga
con sus tinieblas y espanto,
a consolar el quebranto,
del que amor con amor paga.

Y así pudo ser cautiva
del artero castellano
la flor del monte araucano,
que no supo ser esquiva.

Y sin que nadie le explique
la causa de tal ausencia,
calló su negra dolencia
el muy altivo cacique.

Dos veces amarillaron
los alamos su follaje,
cuando fieros de coraje
hasta el fortin escalaron,

Purén con sus mocetones
con toda aquella cautela
que guarda el león que eela
hambriento de corazones.

En brazos del español
dormía muy descuidada,
la tan rebelde hija amada,
que al fin encontró su sol

Despiertala dulcemente
el jefe de tanta lanza,
pensando que su esperanza
volvería mansamente.

«Ven, hija de mis entrañas,
que tu ruca allá te espera,
deja esta gente tan fiera,
de otras tierras tan extrañas».

«No puedo, padre, contesta,
la pobre, sobresaltada,
tu hija es madre afortunada,
nada en la ruca me resta.

«Hija que así me rechazas
por un innoble enemigo,
pues ya desde hoy te maldigo
y al hijo de infames razas»

De un salto Purén se arroja
sobre el infeliz castellano,
sepulta el fierro inhumano
y brota la sangre roja.

Un alarido de espanto
despierta al retén dormido,
con acento dolorido

exclama Purén en tanto:

«Volveré al caer la luna
con mis bravos mocetones,
y aunque rujan los cañones
mia sera la fortuna».

Y salta sobre el caballo
que lo esperaba impaciente,
atraviesa la corriente,
parte veloz como el rayo,
buscando cual fiera herida
en el bosque araucano,
tregua a su furor insano
dentro la ruca aflijida.

Allí juntó dia a dia
la mas valerosa indiada,
fija siempre la mirada
de su hija en la rebeldía.

Y una noche misteriosa
atravesaron el vado,
y con animo esforzado,
en tanto todo reposa,
asaltaron inclementes
como una hambrienta jauría,
a la gente que dormia,
del gran peligro inocentes.

En medio del chivateo
y de la horrible matanza,
Purén cumple su venganza

y da rienda a su deseo.

El corazón se le ensancha,
muerto esta ya el castellano,
la rebelde está en su mano,
lavada queda la mancha,

Cruza con aire sombrío,
rodeado por la indiada,
al despuntar la alborada
el soberbio Bio-Bio.

Con el vá la hija maldita,
que a otro dió su cariño,
acompañada del niño
que ya de espanto tiritá.

Del primer monte en la sombra
la cabalgata se para,
y ante su hija, cara a cara,
le dice con voz que asombra:
¡Oh! infiel, mil muertes te diera
con mi mas pesada maza,
tú humillaste nuestra raza,
tu sangre es sangre de fiera.

Y ese fruto de tu amor
es hijo de mi enemigo;
te detesto y lo maldigo,
él saciará mi rencor»!

Y tomando al inocente,
que quedamente solloza,

contra un roble lo destroza
ante el pavor de su gente.

Como una leona herida,
coge una lanza la madre
y cae Purén, el Padre,
ante la hija parricida,
en cuyos oídos zumba
con fragor de catarata,
la sangre que dice: ¡mata!
y el odio que se derrumba.

Así dice la leyenda
que a orillas del Bio-Bio
contóme un amigo mío,
camino ambos de su hacienda.

